

SELECTA

Año III
Número 3

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA

Santiago de Chile, Junio de 1911

Precio:
UN PESO

EDITORES PROPIETARIOS: EMPRESA ZIG-ZAG, TEATINOS 666



LA GIGANTESCA ESTATUA DE CRISTOBAL COLON, DE ARNALDO ZOCCHI, PARA LA CIUDAD DE BUENOS AIRES



A LA SALUD DEL COCINERO

CUADRO DE F. BRUNERY

HECHOS Y NOTAS

Está pasando con los aviadores lo propio que suele acontecer con los duelistas, á lo menos en nuestra tierra, que los espectadores corren mayor peligro que los mismos actores. Así, hace algunos años, se batía en duelo un Ministro de Estado con don Guillermo Puelma, en la quinta de don Eduardo Mac-Clure. Se dió la señal acordada, y una de las balas fué á caer á los pies del señor Grez que por poco no queda en el campo. En casos tales, lo más seguro es colocarse en frente del revólver de uno de los adversarios, único punto libre de todo peligro y contingencia.

Estas reflexiones nos han sido sugeridas por la terrible catástrofe que acaba de realizarse en Francia, con motivo de la carrera entre París y Madrid. Es de suponer el interés con que era esperada en los círculos del sport esa portentosa prueba de velocidad entre dos grandes capitales europeas, con peligros de todo género, en la cual se arriesgaban á cada instante la vida de los que debían tomar parte en el concurso, y se iniciaba el peligroso vuelo al través de los Pirineos, en cuyas gargantas suelen presentarse ráfagas peligrosísimas de viento.

La muchedumbre esperaba ansiosamente la hora de la partida, en filas compactas que se estrechan en torno de la elipse. Los aviadores revisan sus aparatos, hacen funcionar las hélices, toman el vuelo, se da la señal de la partida, y comienzan á elevarse, los unos en pos de los otros; es un momento solemne, la multitud entusiasmada rompe los cordeles

que limitan el espacio reservado á los aviadores, y se precipita en la pista. En ese instante, un grupo de coraceros quiere restablecer el orden para que la partida pueda efectuarse tranquilamente y se pone en movimiento, más, por desgracia, en esos propios instantes una ráfaga de viento coge en malas condiciones á uno de los aviadores, precipitándolo en contra de los soldados, que sin duda alguna, serán segados como espigas. El aviador vira y su aparato va á caer sobre el grupo oficial que presenciaba tranquilamente el espectáculo. El choque debió ser horrible á la par que inevitable. El Ministro de la Guerra junto con el jefe del Gabinete caen como heridos por el rayo, junto con numerosas víctimas. Tenemos otro nuevo género de víctimas, los espectadores.

El mundo no puede avanzar sin numerosas víctimas del progreso, que van quedando tendidas en el campo como los soldados durante la batalla. Cada invento nuevo significa un trabajo, un sufrimiento humano, un esfuerzo poderoso que ha sido coronado por el éxito. Son los héroes pacíficos del porvenir, los únicos héroes que nos quedarán cuando las guerras hayan terminado y reine la paz entre los hombres.

Nada es más bella que la lucha heroica del progreso, tal como á cada instante la presenciarnos. En este instante veo que el aviador Losmid acaba de sufrir en Estrarburgo una caída que le ocasionó la muerte. Hace muy poco tiempo murió igualmente en Estrarburgo, Carlos Wachter, mi antiguo con-

díscipulo de colegio en Suiza, con quien estuve estrechamente ligado durante mi permanencia en el Instituto Breindenstein, en Slothurn. Recuerdo que era un muchacho más bien tímido, en quien nadie hubiera podido adivinar al héroe futuro que caería trágicamente en su tentativa de dominar el espacio. Como éste, la aviación cuenta ya sus víctimas por millares cada año.

Es el papel de la ciencia, el de la lucha heroica y á menudo anónima. Hace años, durante la epidemia del cólera que asoló á la Prusia, dos médicos norteamericanos se hicieron inocular el cólera y perecieron víctimas del terrible bacillus, en uno de los hospitales de Hamburgo: querían experimentar por sí mismos los efectos del terrible mal, y anotar cuidadosamente los resultados de los diversos remedios que hubieran de aplicarse.

El número de víctimas no asusta á los que vienen en pos, más al contrario, les da bríos para continuar la lucha con mayor empuje. Los hermanos Wright comenzaron sus ensayos de aviación que debían llevarles á los primeros aeroplanos, precisamente al saber la noticia de la muerte trágica de Lilienthal. Esa noticia, lejos de desanimarles, les dió mayores ánimos para continuar por el camino que les había sido señalado. Es que el heroísmo, de igual manera que el miedo, es contagioso, y así como los soldados en el campo de batalla, arrancan desafortadamente si uno de los jefes abandona su puesto, de igual modo, se precipitan con empuje loco, así como ven á sus oficiales que marchan al asalto.

La humanidad no es tan mala como los pesimistas la presentan; en los abismos tenebrosos de nuestro ser surgen á veces chispas de heroísmo y de sacrificio.

Durante el naufragio del vapor "América" un pasajero pasa su salvavidas á una señora que ya no podía más y que se encontraba en cinta. "Señora, con usted se salvarán dos personas", le dijo, y se hundió para siempre en las olas, pues no sabía nadar.

La humanidad sigue su marcha en medio de durísimos sacrificios y de víctimas innumerables, pero todos esos sacrificios son útiles para los que vienen después, representan una prolongación de la vida humana, una disminución del dolor, un mayor coeficiente de comodidades de felicidad y de encantos, la prolongación de la vida, la disminución del dolor. Las víctimas representan el progreso de la humanidad entera.

Cabe preguntarse si este heroísmo que por todas partes presenciamos será debido á un mayor desprecio del hombre por la vida ó á mayor desarrollo de la abnegación generosa? ¿Será por ventura que las condiciones nobles y altas de los hombres tienden á incrementarse, haciéndose á cada momento mejores? ¿O será que la sombra del pesimismo se extiende en condiciones tales que el hombre haya llegado al convencimiento de que la vida no vale la pena de vivirse?

Pero, con todo, la humanidad avanza hacia destinos que todavía son ignorados de nosotros, pero que son rumbos de progreso y de felicidad futura.

LUIS ORREGO LUCO



EN EL CAFE BOHEMIO

CUADRO DE L. KING



LA PRIMAVERA

SANDRO BOTTICELLI

LAS OBRAS MAESTRAS DE LA PINTURA

DE 1400 A 1800

(Continuación)

Sandro Botticelli, cuyo verdadero nombre es Alejandro Filippi, nació en Florencia en 1446. Era primeramente aprendiz donde un platero. En la tienda de su patrón conoció á varios pintores, entre los cuales a Filippo Lippi, quien lo adoptó como discípulo. Cuando Lippi murió, Sandro tenía sólo 23 años y ya era pintor afamado. En 1481 el Papa Sixto IV lo llamó á Roma para que ejecutase varias obras; pero al cabo de tres años resolvió regresar á su ciudad natal, donde murió en Mayo de 1510.

Botticelli es un artista prodigioso, que sólo ha sido colocado, hace pocos años, en el rango que le corresponde entre los creadores del arte de la pintura.

En el Renacimiento la pintura de Botticelli es una florescencia nueva, nos parece tan fresca, tan primaveral, de un sentimiento tan vivo y de una concepción tan original, que este maestro se encuentra simbolizado y resumido en su "Chef D'Oeuvre", "La primavera".

Botticelli fué también un gran pensador y se captó la amistad del ilustre Dante, para quien ejecutó una serie de dibujos espléndidos. La obra de renombre de él, y talvez entre todos los cuadros célebres, el que ha producido, en nuestro tiempo, la sensación más profunda en el mundo artístico, y que más ha influido en el arte moderno es "La Primavera", perteneciente á la Academia de Florencia y proveniente de la villa de Médicis en Castello. Pintura vieja de cuatro siglos y medio es estéticamente la más joven de todas las producidas. "La Primavera", una mujer joven de pensamiento suave y gesto discreto, avanza al centro del cuadro. En la parte alta vuela el amor lanzando sus flechas sobre la juventud personificada por las tres vírgenes vestidas de gasa transparente y que bailan tenidas de la mano. Al lado opuesto está la virgen de las flores cuyos dedos esparcen rosas, y está graciosamente vestida con una



EL VIAJE DE LOS REYES MAGOS

BENOZZO GOZZOLI

flechas sobre la juventud personificada por las tres vírgenes vestidas de gasa transparente y que bailan tenidas de la mano. Al lado opuesto está la virgen de las flores cuyos dedos esparcen rosas, y está graciosamente vestida con una



LA ORACION DE LOS PASTORES

LORENZO DI CREDI

túnica de estas delicadas flores. A la izquierda un joven despoja un naranjo de sus frutos; á la derecha un espíritu maligno está encantando á una joven. Todas estas mujeres respiran la frescura de una aurora primaveral; todas tienen el mismo talle esbelto, el mismo rostro encantador. El genio del artista no sólo se limita á las soberbias formas femeninas sino que se extiende hacia todo lo que las rodea. Esos bos-

ques de naranjo, esas praderas floridas están cantando los goces de la vida.

Benozzo Gozzoli. (1420—1498). Discípulo de Fra Angélico, heredó de él algo de la pureza y misticismo y conserva aún la serenidad, sencillez y paz de la escuela precedente, cualidades que los florentinos de las generaciones futuras no respetarán.

Lorenzo di Credi. (1459—1537). Maestro que rompió la antigua tradición de los pintores religiosos y en sus obras hace resaltar más los encantos físicos de los habitantes celestiales. En su Navidad de la Academia de Florencia, los dos ángeles contemplan al niño recién nacido con cariño fraternal, son hermosos y jóvenes. San José con ojos tiernos mira á la criatura que parece reclamar los cuidados de su madre. A mediados del siglo XV, Florencia vió llegar su arte á la madurez y se enriquecía continuamente de obras más y más perfectas; así es que lo natural era que la pintura se fuera extendiendo á otras ciudades y que ellas á su tiempo



ADAN Y EVA

LUCA SIGNORELLI

Fragmento del cuadro "Los Elegidos del Cielo"



ANGEL TOCANDO EL VIOLIN

MELOZZO DA FORLI

produjeran maestros. Al este de Florencia, La Umbría vió nacer algunos artistas de gran valor. El más antiguo "Gentile da Fabriano", sus figuras son aún de una candidez pueril; se agrupan unas sobre otras sin orden ninguno: pero en cambio las fisonomías expresan gran sentimiento.

Melozzo da Forlì ó Melozzo Degli Ambrosio. (1438-1496). Sus mejores obras fueron ejecutadas en Roma para Sixto IV, y la más importante es la "Ascensión", obra encomendada para la iglesia de los Santos Apóstoles, y que desgraciadamente fué destruída casi en su totalidad. Una de las mejores partes que se conserva es el "Angel tocando el violín" que se encuentra hoy día en la sacristía de San Pedro de Roma.

Luca Signorelli. (1444—1525). Uno de los principales artistas de la escuela de Umbría. En sus obras se demuestra un creador audaz, un precursor de Miguel Angel, en lo que se refiere á la representación de dramas violentos y movimientos del cuerpo humano. Su predilección es el desnudo.

Con Eduardo Zamacois



LA TURNEE DEL NOVELISTA POR
SUD AMERICA.—SUS IMPRESIO-
NES.—LO QUE PIENSA DEL EXO-
DO.—COMO LA PATRIA ES PARA
EL LA "HUMANIDAD".—DE LA VI-
DA Y DEL ARTE.—FELIPE TRIGO.

ESPECIAL PARA "SELECTA"



OBRE el velador en donde muchas veces he dejado mis cuartillas, queda un libro. Hemos pasado la noche leyendo cartas amorosas y viviendo escenas refinadamente puras. Pensamos muy pocas veces en nuestro amor para poder hablar del amor de los otros. De quienes vivieron la vida imaginaria que fabricaron los novelistas. El libro es "Punto Negro" y *ella* trata de reencarnar esa personalidad que vibra en las páginas sentimentales.

—Eduardo Zamacois... ¿Quién será Eduardo Zamacois?...

Ella no sabe que después de pocos minutos yo voy con un compañero á estrechar la mano de ese hombre, que prende rosas de anhelo en las almas juveniles, con la honda é intensa psicología de sus libros.

Salgo de casa en busca de Zamacois. Sé que ha llegado á Santiago y quiero vivir con él una hora española.

—¿El señor Zamacois?—pregunto al criado.

—Ha salido.

—Bueno, volveré.

Más tarde, regreso al hotel. Son las ocho menos cuarto. No puede haber salido. Es la hora en que comen los que, como él, viven en hotel. Me anuncio. Mi compañero hace lo mismo. El criado nos hace esperar cinco minutos, que me parecen diez. Zamacois está comiendo.

Por fin llega. Un saludo ceremonioso. Casi trivial, como quien saluda á un desconocido. Nos invita á entrar á una habitación en donde hay más de una silla. (El dueño del hotel debió leer el artículo de "El Diario Ilustrado").

Como no vinimos á un reportaje ni queremos averiguar la vida de Zamacois nos contentamos con oír lo que nos dice; es poco más ó menos lo mismo que ha dicho á nuestros congéneres de la Argentina.

"Vengo á conocer la América, á saber de su progreso, á ver su vida, á vivir sus costumbres". No nos habló de dinero. Nosotros no le hablamos de conferencias ni de audiciones. Sabíamos de antemano que este caballero se había hecho el propósito de no ser rico y somos muy respetuosos de la libertad individual.

Nos habló mucho, de sus impresiones, de sus proyectos literarios, de su manera de mirar las cosas de América, muy distinta de la manera como la encontraron el viejo Valle Inclán y el *terruñista* Blasco Ibáñez. (No es réclame).

—¿Piensa usted ir al norte?

—No puedo, no puedo. Quedan en España, esperando mi abrazo de regreso, los viejecitos. Les dije que mi viaje sería de un año, y llevo dos de ausencia. Como ellos son mi culto presente, me debo á ellos. Hay que resolverse á verlos por última vez, hay que recibir en el corazón la última puñalada de la vida.

—Hemos sabido que trae usted una novela en pruebas sobre inmigración; ¿qué es ella?

—Les diré: en España combatí la emigración. Crefa, como muchos, que se restaba á la Patria brazos útiles. Pero al llegar á la Argentina he visto las cosas de otra manera. No veo por qué no puedan salir de un país que apenas puede contener diez millones de habitantes, los cuatro millones que sobran. En América encuentran trabajo, bienestar, pueden hacer fortuna. Mi novela es casi una propaganda.

Hablo, eso sí, de los obreros. Porque los artistas no tienen nada que hacer en América. Por lo menos en Buenos Aires, en donde el tráfigo diario y la necesidad de vivir la vida industrial ahogan las manifestaciones del arte. El artista debe llegar á estos lugares por quince días, tiempo más que necesario para darse cuenta de cómo lleva la barba don fulano, cómo camina don zutano cómo se viste el de más allá. Los artistas son un lujo que no todas las sociedades pueden darse. Después de todo, sólo las mujeres reparan en los artistas, tal vez por que los encuentran exóticos. Y como las mujeres son tan raras...

Le interrumpimos para decirle:

—¿No ha notado usted que su nombre es muy conocido en América?

—Sí, y ahora lamento haber vendido tan baratas mis obras. He dado alguna por un ticket de ferrocarril.

—Es que en América...

—Perdone usted, en América, como en París, como en todas partes, yo me siento ciudadano. No he querido comprender cómo hay fronteras ya que la humanidad es la misma en todas partes.

—¿Y la patria?

—La patria... Las banderas, rojo y azul, blanco ó verde, todo es lo mismo...

Queriendo tomar sus impresiones sobre el espíritu de sus lectores de América, le dijimos:

—Aquí no falta quien haya bautizado á la persona dilecta con el nombre de "Punto Negro".

—No me extraña; Campoamor dijo en una estrofa algo parecido. Un labriego le comparó con un burro, por que quería mucho á la bestia.

No quisimos decirle que nuestras personas dilectas no eran bestias porque notamos en él que se preocupaba mucho por la ceniza de su cigarro y cualquiera observación la hubiera hecho caer.

Dejando á un lado la ceniza, le dijimos:

—Nosotros hemos tenido la suerte de ver muy de cerca á nuestros autores predilectos: Valle Inclán, Altamira, Ferri, y...

—Felipe Trigo también vendrá.

—¿Felipe Trigo?

—Sí, Felipe Trigo, el hombre que es en la vida lo que en sus libros; porque si él no escribe su vida, en cambio vive sus obras. Verán ustedes; en España, íbamos con frecuencia á casa de sus amigos y siempre les preguntaba:

—Han leído ustedes "La Bruta"? ¿Nó? Pues vamos á mandarla buscar.

Y el sirviente se marchaba en busca de "La Bruta".

—Qué Bruto—interrumpimos.

—Sí, y cuando salíamos uno de los compañeros tenía que cargarse el libro. Qué Felipe Trigo. Pronto vendrá por acá.

✦ ✦

Entre tanto *ella*, la dilecta, esperaba mi regreso para continuar la lectura de "Punto Negro", una de las mejores obras de Zamacois.

ALVARO BRADOMIN

INGRATA!...

—He llegado á tomarle á esta aldeita de *San José de Maipo*,—me decía un amigo,—un cariño parecido al que la gratitud que miles de noches de profundo reposo, me impone por el lecho en que duermo y sueño cosas agradables, generalmente. La ausencia de etiquetas fastidiosas, de prolijos acicalamientos y de otras dolencias del protocolo santiaguino, hacen que encuentre aquí la holgura que proporcionan la bata y las zapatillas caseras.

—Yo no estoy,—decía Enrique Heine,—como los peces en el agua; son los peces del agua los que pueden decir que están tan bien como yo! Tal es para mí este pequeño valle, grande como un rincón de Santiago, colgado en las primeras alturas de los Andes, y escondido, sin embargo, en el fondo de un cajón de cerros tan altos, que desde sus cumbres acaso no se alcanzan á divisar sus novecientos habitantes, todo dentro de una serie de contrastes que ahuyentan la terrible uniformidad de las cosas.

Desde Santiago, San José hace la ilusión de que es un nido de cóndores andinos; pero visto de cerca, es un ramaje para tórtolas y chirigües, un trigal para perdices y un conservatorio para tísicos... no muy avanzados.

Las faldas de sus cerros, que antes fueran montes impenetrables del hermoso quillay araucano, ofrecen la rara y grata particularidad de no sufrir de esas "erupciones cutáneas" que llaman manchas de quiscos ó cauctus.

Cierto que dan flores muy hermosas, blancas aquéllas, y rojas con estambres dorados éstas, y que en éllos nacen mariposas muy raras y bellas; pero destacada su silueta en las brumas de la tarde, siempre pensativa, me representan bien á lo vivo la soledad del hombre *solo*, quix ó humano en la montaña de la vida...

El quillay se cubre también de flores blancas muy lindas, y éstas y los copos azules de la alfalfa, son el alimento preferido de las abejas del valle, las cuales, á veces por pereza ú otras razones que éllas se reservan, labran sus panales, cuando son tribus errantes, en la copa del chagual de flores bermejas y verdes, y se alimentan de su fruto, el guillave.

En el día, todos esos troncos, medio sofocados por las flores escarlatas del quintral, parecen incendiarse á los rayos del sol.

¡Muy hermosos, sin duda! Afortunadamente no los tengo delante de mis ojos: están "*cajón adentro*", como aquí se dice por la serie interminable de fecundos vallecitos que el hilo de plata de la corriente del grandioso Maipo, viene ensartando como esmeraldas de un collar incomparable y magnífico, desde su cuna entre las nieves eternas.

¡El Maipo es hijo de un volcán!

Este San José sería talvez el paisaje más encantador de Chile en su género alpestre, si nuestras cordilleras no nos ofrecieran otras inmensamente más grandes, abruptos y casi salvajes.

Pero sobre todos éstos tiene él esta notable ventaja: con respecto á Santiago viene á ser como una *quinta* de sus alrededores, á la vez que uno de sus futuros pulmones y un refugio más para sus anemias aristocráticas, sus dispepsias in-

telectuales, sus nervios y tísis de gran ciudad trasnochadora y mundana.

Trenes hacendosos como hormigas, traen y se llevan á los viajeros que atrae este clima sano y benigno, en que el aire puro de las montañas se bebe como la leche al pie de la vaca.

¡Y qué sol más hermoso sobre este paisaje de Otoño! ¡Y cómo es verdadero el adagio popular, que dice que ese sol es la capa universal de los pobres!

En Invierno llueve, nieva y en seguida sale de nuevo el sol.—Ese manto de nieve parecía un sudario de verdad si de su blancura inmaculada no brotaran reflejos de piedras preciosas, que en la noche alumbran.

La Primavera cubre de pastos y flores silvestres los campos y las faldas de estos cerros adustos y como tallados de un golpe en un solo bloque.

Al presente, los álamos nievan también sobre la tierra la plumilla de sus hojas doradas y de cuyos montones brota una humedad olorosa,—olor de mujer y de tierra mojada.



Aquí la tarde descende más temprano y las noches son, por consiguiente, más largas, porque el sol, á poco andar, se esconde tras de los altísimos montes que hacen de la villa un claustro de sombras, rincones y misterios.

Veinticuatro horas ha que llueve con la calma y paciencia de las cosas que duran. Es pues, una lluvia verdadera, y no un aguacero, como quiera que éste remeda á las violencias pasajeras de la pasión, y aquella la calma apacible de los amores que no mueren como las flores.

De manera que no estoy tan solo: tengo esta divina compañera, bajada del cielo, y que parece decirme con la música de sus gotas:

—¡Escucha!... ¡Yo hablaré para tí!...

Ello es, que jamás me he encontrado completamente solo ni aburrido cuando llueve, aunque no tenga un libro que leer.



Las cosas han pasado y sus personajes también; pero el paisaje es siempre el mismo, y es él el que me representa



San José de Maipo.—Visto de la Canchilla

hoy con su colorido de Otoño, la pequeña aventura que voy á contar.

En el tiempo en que pasó, aún no corría el ferrocarril de Puente Alto á San José, de modo que el viaje se hacía en pesadas diligencias, perseguidas por las nubes de polvo, y cuyas ruedas y caballos de á cuatro en fila, parecía evidente que no iban á caber en el camino, cuando la ladereaban sus curvas, labradas casi á pico sobre barrancos profundos, en cuyo fondo se divisaba, como traidora invitación, un ranchito cubierto de almendros en flor.

Fué la última vez que hice este viaje en tales condiciones.

Era también, fines del Otoño, como ahora, y la inmigración santiaguina, cubierta de cómodos abrigos, se paseaba sobre las hojas caídas de la plaza.

Cada sofá era el club de un círculo de amistades y de aburramientos en familia. Una charla forsada de chistes usados é insulsos y de observaciones vulgares y descoloridas como trajes dados vuelta.

Sobreponiéndose siniestramente á todas esas risas y palabras, como canto de chuncho en un ciprés de cementerio, se elevaba de aquí y de allá el eco sonoro de un tos seca, á veces peor... y las hermosas niñas se apartaban para apoyarse en el tronco de los árboles, sacudidas por esa maldita tos. Algunos jóvenes, interesantes por su palidez, les hacían dúo en otro árbol vecino...

Algunos amigos de confianza me llamaron hacia uno de aquellos clubs.

Después de los saludos de estilo, una de las niñas que to-sía, me dijo, sin retirar el pañuelo de sus labios:

—Voy á presentarle á mi amiga L. A.

—¡Sí, porque la queremos mucho, como de la casa!— agregó la mamá, acariciando á la joven.

—¡L. A.—me dije, estupefacto, como si las letras de mi nombre hubieran formado otro distinto.

Cambiamos una mirada, masónicamente: sobre la intensa palidez de su rostro brillaba la luz negra de sus grandes ojos, medio velados por sus cejas virilmente espesas. El extraño tipo de las princesas de su raza con toda la gracia y distinción de las mujeres de su país...

Resonaron nuevas toses y la mamá volvió á decir:

—¡Vámonos, hijitas! ¡Andan muy desabrigadas!

Mi amiga arastró hacia sí á la joven que acababa de presentarme.

—Esta tarde,—le dijo,—parece que huyes de mi lado.— Y apoyándose en su brazo con un cariño conmovedoramente fraternal, emprendieron el regreso, lentamente, como pensando los pasos.

—Venga usted á nuestro lado,—añadió, contándome en

seguida, que su buena estrella había enviado para consolarla el regalo inapreciable de esa nueva amistad, de la cual ya no se separaría nunca, nunca, y su mamá tampoco; porque las dos la querían igualmente.

—Pero, ¿creerá usted?—añadió.—Yo le cuento todo lo mío, no tengo secretos para ella; pero ella es para mí como una tumba. Huraña, reservada, orgullosa, fría... Yo no sé, pero tú no me quieres como yo te quiero. Si tienes algún secreto, un dolor, ¿qué corazón te lo recibirá con más cariño que el mío? ¿No eres mi hermana, mi amiga por toda la vida? ¿No lo hemos jurado así? Pero en Santiago no te dejaré vivir... Ahí me pagarás las hechas y por hacer...

Me pareció que la señorita L. A. por toda respuesta, iba á estallar en sollozos.

Entonces le cojí la mano que dejaba colgar y se la estreché con la elocuencia de una intimidad que quiere decir:

—¡L... ten valor!

✽ ✽

En la noche se reunió en el salón del Hotel la misma concurrencia entremezclada de la plaza. En un momento de libertad L. se tomó de mi brazo, y hablando á borbotones, como salta el agua de una vertiente, me dijo, á la vez que enjugaba sus sienes:

—¡Sé que tú no me venderás... y que me perdonarás también!... Yo no he engañado á tu amiga... Es ella que ha venido á mí como un ángel bueno... ¿Qué podía hacer yo?... Luego el encanto de este cariño fresco y puro me ha arrastrado al entretener este engaño inocente. Por fortuna, ella no vive ahora en Santiago... y yo cambiaré de casa y me esconderé bajo la tierra antes que ella sepa algo...

Instantes después, hablando con un joven doctor, me dijo con la petulancia del que las echa de viejo:

—Su dos amigas están heridas debajo del ala y ninguna de las dos hará huesos viejos, más gravemente la que le han presentado... Usted sabe mejor que yo, que su tos es la del último acto de la "Traviata"...

Recalcó la palabra y yo le volví las espaldas.

✽ ✽

¡"La Traviata"!... Efectivamente, aquella desgraciada joven había vivido todos los actos de ese drama, pero sin la aclimatación de esa criatura singular que sostenía que, en amores, la mentira hacía blanquear los dientes.

Porque no era, nó, la flor del vicio que brota espontánea de los pantanos.

Traicionada por la propia inocencia de su primer amor, engañada después, abandonada, vendida y arrastrada por las miserias de la vida, había rodado hasta el fin; pero ni su misma amiga, en la pureza de sus veinte años, lucía una virginidad igual de sentimientos.

✽ ✽

Sucedió, al cabo, lo que era raro no hubiera acontecido antes en la vida concéntrica de Santiago, pequeño carrusel que gira eternamente en torno de sí mismo. Una mañana, las dos jóvenes se encontraron en el paseo de las tiendas. Por fortuna, ambas iban de manto. Cuando me acerqué para saludarlas, mi amiga dejaba caer sobre L. A. pesadamente, como una lápida, esta amarga palabra:

—¡Ingrata!...



Primer patio del Gran Hotel de Francia.—San José de Maipo



DON ANSELMO BLANLOT HOLLEY

Una Conferencia Patriótica



OMO larga nota de clarín, trémula de emoción heroica, sigue desenvolviendo sus resonancias por calles y clubes, la conferencia del señor Anselmo Blanlot Holley sobre la cuestión de Tacna y Arica. A pesar de haber sido esta cuestión tema de acalorados debates periodísticos, de interminables discusiones diplomáticas, de haberse discutido sus fases múltiples, desde hace veinte años, en revistas, folletos y libros, la conferencia que sobre ella dió el señor Blanlot despertó vivo interés entre nuestros políticos y escritores. Se sabía que los conocimientos del señor Blanlot sobre la materia son vastos, adquiridos en largos años de estudio, sobre el terreno mismo en discusión; pero se sabía más,—y esto era talvez lo más halagador para el auditorio,—se sabía que el señor Blanlot es uno de los poquísimos oradores que nos quedan, un cultivador de ese arte casi desaparecido de nuestra vida política, por la falta de ambiente, de comicios; un enamorado de la oratoria, del bello pensar dicho en bella actitud. Así en los salones del club en que se verificó la conferencia se agrupó un público numerosísimo que deseando escuchar un estudio autorizado de los verdaderos caracteres de la cuestión internacional, desnaturalizada por la prédica de algunos pacifistas andantes, quería también aplaudir al tribuno de cálido verbo, que tiene un gesto y una entonación para cada matiz, delicado y vigoroso, de su discurso.

Empezó el señor Blanlot diciendo que á despecho de cuan-

tas vacilaciones pudiera sugerirle el recuerdo, vivo aún, de los maestros del pensamiento y la palabra que han ocupado últimamente la cátedra de la enseñanza y la tribuna de la propaganda, aceptaba la invitación de tratar el problema de Tacna y Arica. Su intento era fortalecer los ánimos, presentando á la consideración pública el acopio de documentos y de reflexiones hecho en muchos años de trabajo, con la seguridad de que ese acopio patentizaría la más clara, enérgica y definitiva afirmación de los derechos de Chile.

Después de recordar la fórmula aceptada por la Cámara de Diputados, á indicación del señor don José Manuel Balmaceda, y de reseñar con palabras llenas de color y movimientos la expedición á Lima, el señor Blanlot analizó la intervención, no correcta ni imparcial, de los Estados Unidos en favor del Perú.

Uno á uno fué presentando los documentos que atestiguan esa intervención: primero, el discurso del Ministro Hurbult ante el Gobierno de la Magdalena, en que decía: “La guerra, á la par que impone grandes deberes expone á grandes peligros, no sólo al vencido sino también al vencedor; porque la victoria usada prudente y humanamente perfeccionada, aprovecha con frecuencia al victorioso y al derrotado, no es menos cierto que el abuso de la victoria se convierte las más veces en anátema para el coquistador”; después el memorandum del mismo Hurbult al general Lynch; y por último, las instrucciones dadas por el Gobierno de los Estados Unidos á Mr. Trescott, en las que se manifiesta la decidida

voluntad de impedir que el vencedor recoja el legítimo fruto de su victoria.

“Si el Gobierno chileno mantuviere sus derechos para arreglar sus dificultades con el Perú, sin la intervención amistosa de otra potencia, y rehusase permitir la formación en el Perú de otro Gobierno que no se comprometa á conceder la cesión de territorio peruano, es deber de V. S. expresar, en lenguaje tan firme como sea compatible con el respeto debido á una potencia independiente, el desagrado y poca satisfacción que sentiría el Gobierno de los Estados Unidos con una política tan deplorable”.

“Si se rehusan nuestros buenos oficios y se persiste en la política de desmembración de un Estado independiente, este Gobierno se considera libre de mayores obligaciones por la posición que Chile ha asumido y se considerará libre para apelar á las demás repúblicas de este continente, á fin de que se le unan en un esfuerzo común para evitar las consecuencias, que no se limitarán sólo á Chile y al Perú, sino que son un gran peligro para las instituciones políticas, el progreso pacífico y la libre civilización de toda la América”.

Alarmadas las naciones americanas por la actitud de los Estados Unidos, reaccionaron en favor de Chile. A poco, don Marcial Martínez comunicó al Gobierno haber sido canceladas las terminantes instrucciones de Prescott y se iniciaron las conferencias de Viña del Mar en las que el Ministro de Relaciones de Chile, propuso las siguientes bases:

1.o Cesión incondicional de Tarapacá;

2.o Ocupación de Arica por diez años, á cuyo término pagará el Perú veinte millones de pesos, pasando Tacna y Arica al dominio de Chile, si no se paga esa suma en el plazo señalado.

En seguida de estudiar las proposiciones de venta de Tacna y Arica, que no se llevaron adelante por no tenerse la se-

guridad de que fueran aceptadas por el pueblo, el orador pasó á la parte más interesante de su largo y meditado discurso, al estudio del Tratado de Ancón. Demostró que en este documento no existe cláusula dudosa, que todas y cada una consagran en forma incontestable el derecho á la incorporación definitiva de Tacna y Arica al territorio de Chile.

El Tratado de Ancón debe cumplirse; el plesbicitico debe efectuarse sobre las bases que fije Chile, que es el soberano. No se debe pensar, ni un momento, en la partición de la provincia en disputa porque:

1.o Sería abandonar la frontera abastecida y defendible de Tarata á Sama, para reemplazarla por una línea convencional;

2.o Sería entregar la seguridad de Arica á la extremidad de un asedio en caso de bloqueo;

3.o Sería abandonar los recursos que pueden servir para la defensa y abastecimiento de Tarapacá;

4.o Sería entregar el ferrocarril de Arica á La Paz;

5.o Sería abrir el apetito al Perú...

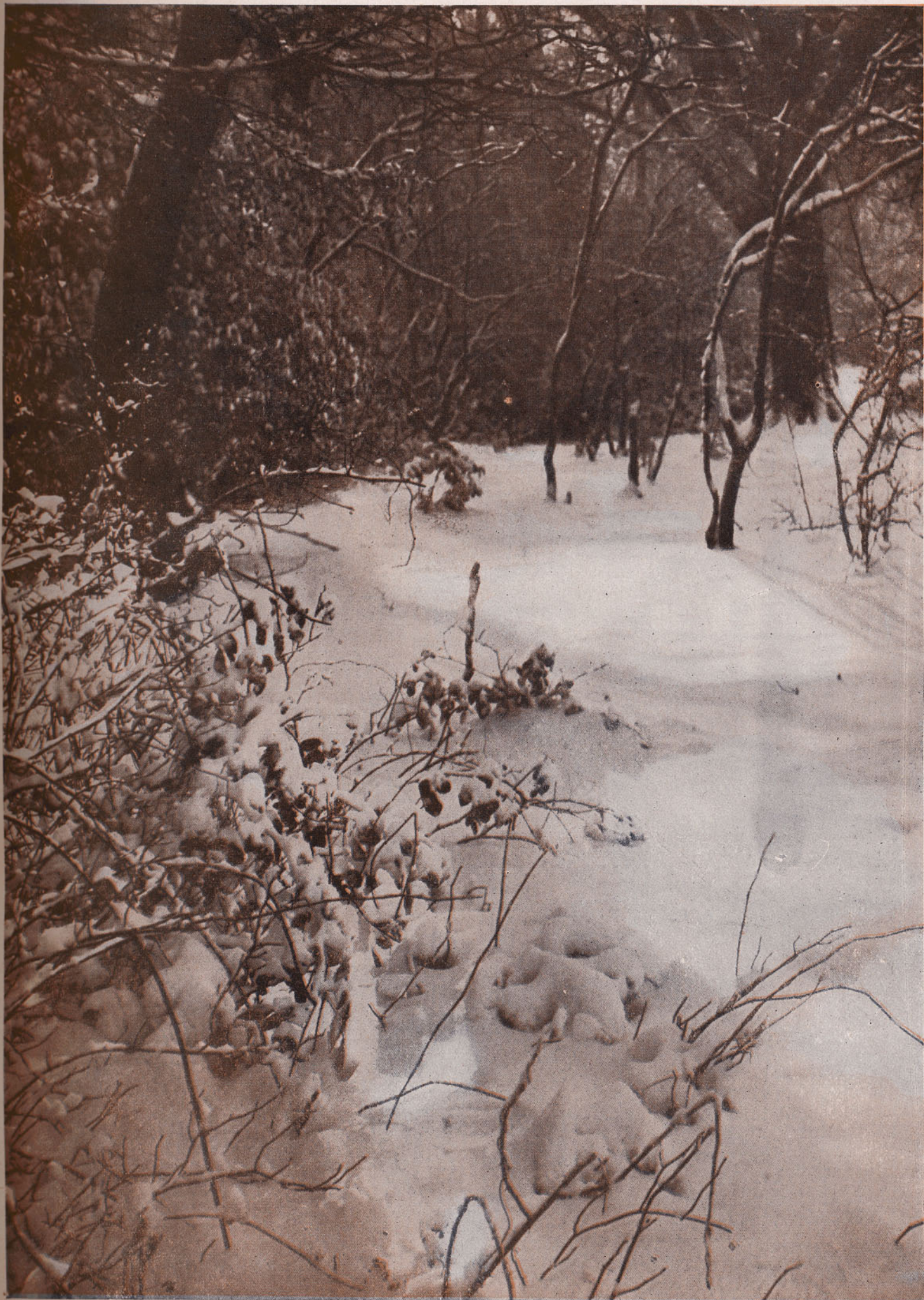
El discurso del señor Blanlot fué una serie de argumentos lógica y arquitecturalmente contruídos; obra de orador correcto, brillante y fogoso. El señor Blanlot une á su bien delineada figura tribunicia una voz armoniosa que, ligándose íntimamente á la entonación moral de las frases, exterioriza sin esfuerzos de flexibilidades, las más suaves ó enérgicas modulaciones del pensamiento oratorio. Reposada en las exposiciones, insinuante en los análisis, ardoroso en las conminaciones, vibró complementada, desde el principio hasta el término de la oración patriótica, por un gesto sin arranques inútiles, sin movimientos angulosos, sin incoherencias mímicas.

Hubo en el discurso estudio y orden, y en el orador entusiasmo y arte.



BOTES PESCADORES

CUADRO DE HANS BARTELS





Sobre Napoleón

Lo que más me apena es que Wellington haya de ser tan inmortal como Napoleón Bonaparte; porque á la verdad el nombre de Cristo ha quedado tan inmortal como el de Poncio Pilatos. ¡Arturo Wellington y Napoleón! Es curioso fenómeno el de que el espíritu humano pueda pensar en los dos al mismo tiempo. No cabe contraste mayor que el de esos dos hombres, aún considerados por el aspecto meramente externo. Wellington, maniquí de imbécil, con el alma gris, y opaca en un cuerpo de tela emplástica, sonrisa de madera sobre un rostro de hielo... No puede uno figurárselo junto á la figura de Napoleón.

Jamás esa imagen desaparecerá de mi memoria. Le veo siempre sobre su alto corcel, con los ojos eternos en la faz imperial de mármol, contemplando, tranquilo como el destino, sus guardias que desfilaban á sus pies. Los enviaba entonces á Rusia y los viejos granaderos elevaban hasta él las miradas con sombría desesperación, con abnegación completa, con seriedad de iniciados y con orgullo de moribundos.

Ave Caesar, morituri te slulant.

A menudo llego á dudar que yo le haya realmente visto y que seamos nosotros sus contemporáneos, y me parece entonces que su figura, desprendida del marco estrecho del presente, recule siempre más altiva y majestuosa en las penumbras del pasado. Su nombre resuena ya como una tradición de los tiempos primitivos, sonoro de antigüedad y de heroísmo como los nombres de Alejandro y de César. Ha llegado en esta hora á convertirse en palabra de reunión para los pueblos, y cuando el oriente y el occidente se encuentran, se comprenden por medio de su solo nombre.

La potencia y efecto de ese nombre mágico, la reconcí yo un día que viajaba en Londres, de la manera más irrecu-

sable. Subía por el puerto de Londres, en la parte en que se encuentran colocados los enormes docks de la India. Llegué junto á un navío de las Indias, recientemente llegado de Bengala. Era una nave gigantesca con equipaje todo compuesto de naturales del Indostan. Las figuras y los grupos grotescos, los trajes bizarramente beriolados, las trazas enigmáticas, los asombrosos hábitos de cuerpo, los acentos salvajemente extraños del lenguaje, de la alegría y de la risa, y junto con esto la seriedad de algunos rostros de amarillo suave, cuyos ojos, como flores negras me consideraban con tristeza fabulosa, todo ese conjunto exitó en mí un sentimiento semejante al encanto. Me hallé como súbitamente transportado á los cuentos de Scheerazade, y pensaba ya que pronto vería aparecer las palmeras de largas hojas, junto con los camellos de dilatados cuellos, los elefantes cubiertos de oro y otros animales y árboles fantásticos.

El sobrecargo, que se hallaba entonces en el navío, y que comprendía tan escasamente como yo el lenguaje de esa gente, no pudo explicarme de manera bien clara, con sus ideas británicas exclusivas, qué especie de pueblo tan curioso constituía aquello, casi todo compuesto de mahometanos recogidos por acá y por allá, al azar de los varios rincones del Asia, desde las fronteras de China hasta el mar de Arabia; hallábanse aún entre ellos negros de Africa de cabellera lanuda.

Suficientemente aburrido de la existencia pesada y húmeda del Occidente, cansado de Europa, como me encontraba entonces, aquel pequeño extremo del Oriente que se desarrollaba ante mi vista, me producía una impresión de deliciosa frescura y mi corazón se sintió aliviado á lo menos con algunas gotas de ese cielo en pos del cual había yo suspirado tantas veces durante las noches brumosas del Invierno del norte, en Hanover ó en Prusia; y esos hombres extranjeros pudieron ver cuán agradable me era su vista y qué placer hubiera tenido en decirles algunas frases de cariño. Pude reconocer en el aire cordial de sus miradas que ellos también me hubieran respondido, con gusto, algo agradable, y era gran motivo de aflicción el que ninguno comprendiese el lenguaje del otro. Al fin dí con un medio de dar á conocer, con una sola palabra todos mis sentimientos de benevolencia, é inclinándome con respeto y extendiendo la mano, como para un saludo amistoso, pronuncié el nombre de Mahoma.

La alegría inundó entonces como un rayo de luz, las fisonomías de todos esos extranjeros, cruzaron respetuosamente los brazos, y para devolverme un saludo igualmente agradable: exclamaron: *Bonaparte*.

ENRIQUE HEINE



LINA CAVALIERI

Los Cinco Retratos de la Cantatriz

LINA CAVALIERI

ERASE la terraza vaga y lujosa de un gran hotel normando, al caer del crepúsculo. No faltaban allí las señoras, ridículas y frondosas, de carnes flojas y cabezas emplumadas, cuya razón de ser todos se preguntaban en vano.

Nada me parecía más desconsolador que ver tantas fealdades reunidas á la orilla del mar, sobre todo en la hora admirable en la cual la naturaleza, antes de adormecerse, se adorna con joyas reales y con chales lánguidos. Uno se sentía avergonzado de ser hombre, en medio de semejantes fealdades, y ante las bellezas frenéticas del mar y del cielo.

De repente, al término de la terraza, se mostró una fisonomía resplandeciente; al instante corrió un nombre entre la multitud: "Lina Cavalieri... es Lina Cavalieri!" Y el entusiasmo de aquel mundo cosmopolita se tradujo con exclamaciones diversas: "Shöne, beautiful, hermosa, bellissima!"

El sordo malestar había desaparecido. Las señoras gordas sonreían como si una parte de aquel homenaje hubiera recaído sobre ellas. Y el horrible vals, rasquetado por una banda de tziganos desapiadados, tuvo la alegría de un canto de victoria.

Pensaba en semejante escena al contemplar los felices retratos de la gran cantatriz, reunidos ahora en estas páginas.

Sin duda alguna, Lina Cavalieri simbolizará la belleza de nuestra época, junto con Julieta Recamier, tal como los pintores nos la han transmitido, concentrada en su óvalo regular, con la pureza fría de sus ojos, en la impecable línea de su cuerpo, como tipo de las bellezas de una época.

Belleza moderna... Pero cubierta con el *bandeau* griego, Lina Cavalieri realiza el puro tipo griego, y recuerda

el tipo encantador de la Madame de Maufrigneuse de Balzac. Ciertamente, por la gracia misteriosa de su mirada, por el dibujo espiritual de los rasgos, por la curva graciosa de la boca, es la mujer del día, que lleva el talle bajo el seno como las mujeres del Imperio, encerrando clásicamente la cabellera, revistiéndose del peplum, á pesar de lo cual queda representando nuestra época, no sabemos por qué causa.

Es instructivo é interesante reunir varios retratos de un mismo modelo. Surge siempre del conjunto de ellos una obra definitiva que la posteridad admira y clasifica con la etiqueta glacial pero gloriosa del documento. A ese respecto, la personalidad del modelo importa y su calidad intelectual también.

El salón de la señora Recamier, sus amistades ilustres, su afición á las artes la salvaron del olvido en el cual se han hundido tantos modelos que prestaron su elegancia sin reflejos y su belleza sin llamas á la inspiración de un pintor. Tenemos galerías enteras de hermosas damas que tuvieron veinte años en tiempo de Luis Felipe, bajo Napoleón III ó del Presidente Grevy, y que mantienen por completo su anónimo gracioso.

¡Mujeres bonitas! Habría que averiguarlo... Las notas de los gaceteros líricos y otros artículos de diario han abusado de los epítetos sonoros que no es dable, sin injusticia, distribuir entre muchas privilegiadas. Las personas que en el extranjero leen las apreciaciones de los repórters galantes, llegan á figurarse que en París no existen feas ó que las esconden en lugares oscuros. Tal acusada que acude ante el Tribunal Correccional es llamada encantadora; las mujeres cocheros son llamadas exquisitas y todas nuestras cómicas



UN PERFIL MODERNO

Este retrato de Lina Cavalieri nos presenta con toda limpieza y fidelidad, la elegancia pura y artística de su perfil.



harían palidecer á Venus. Una vez averiguado el caso se descubre que la acusada es una comadre gorda, las mujeres cocheros son damas dignas de todo respecto pero poco comparables con las diosas antiguas.

Y nuestras cómicas—hablo de las conocidas—no tienen á menudo sino el esplendor augusto de las ruinas.

Para darse cuenta de esto, no hay necesidad de publicar una iconografía completa. Lo que tal artista no ha podido ó no ha sabido ver, lo hará otro artista. Nos damos cuenta exacta de lo que fué Lady Hamilton, por ejemplo, que sirvió de modelo tantas veces, y Greuze, que tuvo el genio de la gentileza y la gracia indolentes, nos ha legado sin duda una imagen imperfecta de su mujer, que produjo en casi todas

sus obras. Esto es lo que explica por qué los modelos inseguros de su plástica tienen un sólo pintor y un intérprete y no quieren otro.

Pero Lina Cavalieri escapa á semejantes vicisitudes. Y se podrá comprender, gracias á esa encantadora iconografía que nuestros contemporáneos, al celebrar su belleza, no fueron engañados por un vano lirismo. Las fotografías, por perfectas, por francas que sean, no bastan. El artista nos permite mirarla con ojos más implacables y desapiadados que el objetivo—y más adúladores cuando contemplan un rostro de tan deliciosa armonía...



TRES RETRATOS POR ARGNANI

Lina Cavalieri realiza el tipo de la belleza moderna, concentra en el óvalo regular de su rostro, en la expresión de sus ojos, en la impecable línea de su cuerpo, la hermosura de las mujeres de este tiempo.

(Arreglo especial para "Selecta" del francés de H. Duvernois, por F. R.)



LA MARIPOSA ROJA

Fulgens tenía aspecto de hombre anciano en demasía. No era á la verdad muy anciano, más una preocupación perpetua había encorvado y como doblegado sus espaldas; sus ojos parecían avistar algo lejano é impalpable, sus manos, de dedos largos á la par que ágiles, se alegraban á menudo, á veces ágiles y prudentes, como para atrapar astutamente frágil y momentáneamente colocado. Siempre vestido de café, usaba corbatas de color mordore ó púrpura, cuya mancha se destacaba como una ala sombría, y sus sombreros recordaban con su fieltro, el aterciopelado de ciertas alas de pájaros ó mariposas. Fulgens tenía, por otra parte, vago parecido con ciertas esfinges nocturnas que giran largamente, entontecidas y locas en torno de una llama que las tienta como si fuera una quemante corola.

Fulgens volvía á menudo cargado de pequeños paquetes que debían contener algo precioso, ateniéndose á las maneras del que los llevaba.

En ocasiones también, partía para largos viajes sin prevenir al fiel servidor que le aguardaba. Entonces, su primera palabra era recomendar que se desembalara con grandísimo cuidado el contenido de las cajas misteriosas, y su primera mirada para los grandes muebles de cajones planos que guarnecían la pieza en derredor. Febrilmente sacaba de su bolsillo manojos de pequeñas llaves de oro y de plata y abría la primera chapa, de la cual salía una gran plancha, en la cual se hallaban en buen orden sus pequeños féretros blancos de tapa de vidrio, mariposas innumerables de todos los colores y de todas dimensiones, de todas las formas y de todos los países. Fulgens, feliz y ansioso se sumía en una contemplación sin fin. Cogía una y otra de esas pequeñas cajas y las hacía brillar sin fin, mostrando las pedrerías maravillosas de sus alas muertas. Y hablaba solo, murmurando entre dientes: "Yo no tengo la roja, yo no tengo la roja".

Cuando Fulgens era todavía un niño, tenía una amiga de su edad y la quería con ternura sin límites, la admiraba como si fuera una hada, la adoraba más que si fuera un ídolo, cuando todavía no era sino una muñeca graciosa y gentil. Le daba todo cuanto podía hallar en la naturaleza de hermoso y de gentil como ella. Encorvado sobre las amplias playas húmedas y mordores, le recogía conchas. Le cogía flores. Le llevaba nidos y pajarillos, y siempre para ella, cogía mariposas admirables de las diáfanas. Ella á todo prefería las mariposas. Para agradarle, aún, sin ser malo, Fulgens cogía entre sus dedos las extremidades de sus hermosas alas y le traía la presa palpitante. Y ella con una sonrisa ingenuamente cruel, las atravesaba con una larga aguja, y curiosamente las miraba morir. Ahora bien, cierto día en que Fulgens le mostraba una minúscula mariposa de alas azuladas como las myosotis ó flores de lino arran-

cadas por el viento, ella la rechazó con un gesto desdeñoso.

"Me traes siempre las mismas mariposas, le dijo, ahora yo quisiera una de alas de color de sangre... rojas". Buscó durante largos días una mariposa roja, sin encontrarla jamás. Y su amiguita se burlaba de él alegremente, desapiadada. En el entretanto, los padres de la niña vendieron la propiedad que poseían en los alrededores de la casa de Fulgens y se fueron lejos, muy lejos... El pobre Fulgens experimentó la pena más amarga. Escribía á su amiga con regularidad. Al comienzo de la separación ella escribió, más llegó un día en que ya no tuvo contestación suya. La última carta concluía con esta frase caprichosa: "Adiós, Fulgens, sin duda, ya no te veré en mucho tiempo, pues sólo quiero contestarte cuando me envíes una mariposa roja".

Fulgens casi se murió de desesperación con este amor precoz. En el delirio de la fiebre de una penosa enfermedad repetía incesantemente: "una mariposa roja... una mariposa roja..." Quería lanzarse fuera del lecho en persecución del frágil ser alado.

Se curó, más quedó siempre miserable y débil de espíritu. Ya no quería nada excepto las mariposas. La muerte de sus padres no le produjo casi pena; dejábanle una fortuna bastante considerable, con la cual podía satisfacer todos sus caprichos: viajar y coleccionar mariposas.

Recorrió los países tropicales, los más exóticos, los más lejanos, de todas partes traía mariposas admirables que compraba á los vendedores, á los indígenas ó que cazaba personalmente, sin cuidarse de la fiebre ni de los peligros varios que semejante capricho podía ocasionarle, corría al sol en las horas en que posaban sus alas sobre las flores inmensas. Ya no encontraría en ninguna parte del mundo la mariposa roja de sus ensueños. Sin duda debía existir esa mariposa que se obstinaba en huir delante de su cazador obstinado, y medio loco. Fulgens las poseía de color ladrillo claro ó manchadas de rojo, de color de naranja ó de fuego. Pero la mariposa de color rojo de sangre, como una cuádruple gota de sangre, gota enorme, á la vez viva y sombría, no podía lograr encontrarla.

Conocía todas las tiendas de París y de Londres y de las ciudades en las cuales se venden los lepidópteros preciosos. Visitó las colecciones famosas al través del mundo, vagamundeo, fué al Japón, á la China, á las Molucas, á las Antillas, á la América del Sur, al Africa, á la Oceanía. No sé si le perseguía la mala suerte ó si era que no existiesen las mariposas rojas del estilo que el quería, color de un rojo de rubí, más es lo cierto que Fulgens no pudo encontrarlas, esas mariposas nacidas de un dedo herido del hijo del amor como las anémonas de la sangre de Venus. Todos sus esfuerzos fueron inútiles... Cierta día, después de haber considerado largamente el Tachiri Zurinday el Tachiri Nero

que son mariposas de Borneo, de tamaño medio y de un hermoso color de ladrillo claro, y de preguntarse si podrían pasar por mariposas rojas color de sangre, se decidió á enviárselas á su amiga de antaño. A la que reinaba sobre su alma con su aspecto de frágil y graciosa mariposa, á la que talvez había muerto ó habitaba alguna tumba desconocida en algún rincón lejano del mundo. Fulgens que no se daba cuenta ni de los tiempos, ni de las estaciones, ni de los lugares, envió á la antigua dirección su precioso paquetito. El paquetito sin duda fué robado ó perdido, pues jamás volvió á su antiguo poseedor, así como no llegó á la amiga de otro tiempo... El pobre viejo maniático, contaba los días y las noches presa de la más atroz de las angustias. Por último, tras de larguísima espera ya perdió toda esperanza, comprendió que nunca jamás tendría respuesta, pensó sencillamente; bien sabía que no eran las mariposas de color de sangre tal como ella las deseaba, sino de color de ladrillo.

Ya no volvió á salir en adelante y renunció á sus investigaciones. Cada día más taciturno, ya no hablaba sino á su fiel servidor. Durante horas enteras contemplaba embebido las mariposas de su colección maravillosa; con codicia, su mirada se fijaba en las hermosas manchas rojas que ostentaban las alas de algunas de entre ellas, y con el dedo, por encima del vidrio, las frotaba y las frotaba, como para extender la mancha roja de sus alas y cubrir la mariposa entera.

Llegada la noche, se levantaba como sonámbulo. Quizás él le poseía y había olvidado la existencia del animalillo maravilloso, del magnífico, del único, del espléndido, del sangriento, quizás le había perdido, ó bien ya no sabía en dónde le había colocado, pero habría de encontrarle, de buscarle pacientemente.

Y en pos de rebuscas siempre infructuosas, sentábase junto al fuego al lado de la lámpara, y después de haberse fijado largamente en el fuego cerraba sus párpados cansados y veía danzar, irónico, irreal, sobre la noche que momentáneamente le cegaba una mariposa fantástica, una mariposa roja que giraba, volaba, palpitaba, y parecía un diablillo, alado sobre el flanco de un vaso antiguo.

Fué en una noche de Pascua cuando Fulgens se volvió enteramente loco. Levantóse, en medio de la noche, alucinado, aterrador, presa de una especie de furia devastadora. Abrió todos los muebles, desparramó todos los insectos, tiró los cajones y sacó de su retiro todas las mariposas que poseía. Como poseía cantidades innumerables de ellas, los cuadros, hasta lo infinito, yacían por los muebles, por el parquet, por los divanes, por los tapices. Fulgens tenía el aspecto de un violador de sepulturas, de un ladrón de joyas fúnebres. Los rubíes, los zafiros, las esmeraldas de ciertas grandes alas, su oro bruñido, sus topacios, su agua marina, sus amatistas y sus turquesas y sus satines metálicos, sus sedas suntuosas, de azul ó de azafrán, sus terciopelos azules noche ó grises de alba, ó de crepúsculo, sus bordados, sus lentejuelas, sus gasas diáfanas ó sus cachemiras rayadas, sus tintas brillantes ó fundidas, sus blancuras de nacar ó de nieve, de flor ó de bruma, todo eso chisporroteaba, palpitaba ó brillaba vagamente bajo los rayos de la luna.

Y estos, al reflejarse sobre las cubiertas de cristal, despedían luces como si fueran las mil facetas de un diamante.

Las reales y minúsculas momias dormían, despreocupadas del sacrificio y semejantes á esas reinas poderosas, á esos faraones, á esos reyes que quisieron adornarse para el último reposo, así como se adornaban para la gloria ó para

el amor... Y todos esos trozos de vidrios animados por los colores parecían como si fueran trozos de algún gigantesco espejo en el cual se hubieran reflejado demasiados sueños.

Y Fulgens contemplaba con ojos extraviados los restos fantásticos de los despojos chispeantes. Creía haber destrozado la fantástica túnica de alguna hada y haber puesto en marcos sus fragmentos fantásticamente acomodados. Recordó también los juegos de paciencia que siendo niño había concertado en más de una ocasión por largo espacio, y en presencia de esos cuadros luminosos, en los cuales se ostentaban manchas diáfanas que parecían signos cabalísticos y misteriosos, se golpeaba la frente. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Era preciso reconstruir con aquellos fragmentos, una palabra, una imagen, una forma, no sabía cual, pero algo milagroso que calmara todas sus angustias, enseñándole en dónde se encuentra la mariposa roja, tras la cual inútilmente corría, algo en fin, que significara el reposo, el amor, la felicidad.

Husmeó inútilmente, por el montón brillante y frío, formó con los fragmentos de vidrios algunas extrañas figuras, losanges, cruces y una letra, la primera del nombre querido de la ingrata. Luego renunció bruscamente á su proyecto pueril y dejó caer el cuadro que tenía en la mano.

Una inmensa mariposa dormía, al parecer, en un deslumbramiento de azul, de esmeralda y de zafiro. Fulgens la arrojó sobre el piso con horror. Un vidrio se quebró, y Fulgens gritó, habló, cantó, murmuró cosas insensatas, se mesó los cabellos grises, se torció las manos asarmentadas, y pisó el montón de los tesoros que le habían sido tan gratos. Dirigióse á esas mismas mariposas que habían concentrado su existencia toda, les habló como si él mismo les hubiera sepultado allí, ó les hubiera embalsamado en su fúnebre prisión, y les decía: "Mariposas, ma-

mariposas, ¡oh! vosotras á quienes he muerto por amor á ella, ¿acaso no os sentís felices todos los instantes, esos los felices instantes vividos en medio de los rayos de la luz libre que hubieran podido embellecer mi vida si yo no la hubiera amado? Por amor á ella yo os he puesto en la tumba. ¡Oh! vosotras, tanto más hermosas cuanto sois más efímeras, yo he eternizado vuestro esplendor inmóvil, hecho para vagar, planear y extenderse como la luz viva, como una estrella fugitiva. Vida, libertad, belleza, alegría, he aquí cuánto he apisionado en la muerte por amor á ella. ¿Qué no hubiera hecho por ella?"

Si ella lo hubiera exigido, no solamente hubiera muerto sino además torturado, cortado vuestras alas diáfanas, reventado vuestro cuerpo de terciopelo, pisoteado vuestras fragilidades aéreas. ¿Mariposas, mariposas, qué no hubiera yo hecho por ella, para conquistar su juventud y su tierna gracia? ¿Y dónde estará ella ahora, dónde? Es que su amor era la mariposa roja, impalpable, incogible y que se busca siempre lo que no se alcanza, y he aquí por qué se cometen todas las locuras y todos los crímenes. ¡Oh! mariposas, ya no me queda más que morirme! Pero antes quiero devolveros vuestra libertad... Levantaos víctimas de mi sueño. Momias de mis deseos salid de vuestras tumbas. Sueños adormecidos tomad vuestro interrumpido vuelo engañoso al través del espacio infinito.

Id á engañar á otras almas. Id á inspirar á los incautos la idea de que cuando os hayan cogido se tendrá en vosotras un pedazo de infinito. Volad, volad, volad".

Y cogiendo las cajas ligeras las rompía, las arrojaba



una mariposa roja que giraba, volaba, palpitaba, y parecía un diablillo



"Me traes siempre las mismas mariposas, le dijo, ahora yo quisiera una de alas color de sangre...rojas"



Las mariposas volaban, despertadas mágicamente de su sueño inmóvil.

unas en contra de las otras, las rompía contra los muebles y contra las murallas como si fueran de vidrio, y hasta se ensangrentaba las manos al chocar en contra de los mármoles.

Pero se detuvo inmóvil, mudo, á la vez angustiado y aterrado, curioso, lleno de ansia.

Hallábase abierta una espaciosa ventana, las luces apagadas, y un claro de luna, brillante y jaspeado penetraba en la pieza en desorden. Ahora bien, Fulgens vió claramente que de la caja rota, salía una crisálida, convertida en inmensa mariposa, amplia, llena de vida, y que subía hacia la luna, de la cual tenía el color pálido de nieve verdosa y, en la punta de las alas, la mancha astral. Reconoció el *Acteas Selene*, el más hermoso entre los más hermosos.

Y como si el *Acteas* hubiera dado á sus hermanos cautivos la señal de la libertad, se precipitó una como palpitación confusa de entre las cajas abiertas. Fulgens las reconocía una por una cuando se lanzaban de las cajas abiertas hacia la pálida claridad: diurnas ó nocturnas, nacidas en los países cálidos ó en las tierras próximas al polo, sin preocuparse del frío glacial, partían desesperadas de su sueño mágico.

Más, despertado, de súbito el instinto del antiguo coleccionista, al ver Fulgens que su hermoso *Homerus* del cual se sentía tan orgulloso, también huía, cerró la ventana y fué á caer sobre su diván, ignorando si había soñado, apretándose la frente entre las manos y sin atreverse á mirar siquiera.

De los sacórfagos saqueados las mariposas se elevaban siempre.

Era como un imperceptible rumor vago, muelle, que crecía siempre, y que concluía por precisarse en rumor de alas. Vió una especie de nube en la cual no le era dado distinguir ni precisar ninguna de sus mariposas favoritas. Formaban una especie de nube de la cual concluyó por asustarse. Hubiera querido levantarse y abrir de nuevo la ventana para que todas esas mariposas innumerables se volasen, más las fuerzas lo abandonaron, y cayó en el suelo, tendido. Ante la gran ventana, las alas se unían todas, sombrías y agitadas, interceptando los rayos lunares, semejantes al reflejo, movido sobre un vidrio, de las hojas que agita el viento. Y como una mortaja de terciopelo, millares de mariposas, cubrieron el cuerpo de Fulgens. Sintió que sobre su rostro se posaba una máscara de terciopelo, imposible de arrancar. Era la muerte tan deseada que llegaba. Se durmió dulcemente bajo las alas matadoras que tanto había amado.

Por la mañana, el viejo servidor encontró el cuerpo de su amo muerto, en medio de los restos esparcidos de millones de mariposas que parecían el manto blanco de una inmensa nevazón. Los médicos que le hicieron la autopsia no confesaron nunca que habían hallado una inmensa mariposa roja posada sobre su pobre corazón que tanto había amado, una mariposa de color de púrpura.

G. D. HOUVILLE



Las Blancuras Sagradas

LOS TROZOS

Los mármoles... ¿De dónde vinieron sus delicadas blancuras? ¿De dónde sus moles que parecen, en su transparencia, alumbradas por frías claridades interiores? ¿Qué corriente de misteriosa energía los produjo en el seno oscuro de la tierra? ¿Corren por sus venas latidos de savia propia, ondas de aspiración que las animan y transforman aunque el arte no les dé la flexibilidad, ni la blandura, ni la turgen-
cia necesarias á la expresión de la vida? ¿Qué nos indica en su naturaleza lo ligero y lo grave, lo delicado y lo rudo, lo idílico y lo trágico?

En las obras pequeñas, exquisitas, microrgánicas, perseveradoras de armonías mínimas, el mármol adquiere sutilidades de ensueño; pero en las obras magnas, en las que palpitan elevados símbolos de la naturaleza, el mármol se transforma: en unas, flota con la soltura de la niebla, es leve, parece levantado por un soplo de brisa,—tiene algo de los valles; en otras duerme con la pesadez de la piedra, es rígido, parece mole caída de las cumbres,—tiene mucho de las montañas; y en otras aún, aspira con la ansiedad del ritmo, es vertiginoso, parece el remolino de una ola,—tiene toda la vehemencia de los mares.

¿Es la influencia recíproca de la idea y de la forma la que suscita en los mármoles tan diversas apariencias? La pupila sensible y atenta ve en la variedad de las piedras una relación misteriosa con la variedad de los ensueños que exteriorizan. Para quien toda superficie es profundidad y toda forma transparencia, un trozo de mármol es más que un momento de la materia, es la cristalización de muchos anteriores momentos de blancura, y el ensueño en él cincelado, es más que un momento del espíritu, es el germen de numerosos momentos futuros. ¿Cómo detenernos en un estado único de las cosas? ¿Cómo concentrarnos en la casi imposible atención univisionaria? Los aspectos de las cosas son el vértice en que la vida del pasado se une temblorosamente á la vida por venir. Al verle nos inclinamos á la apreciación meditativa de uno de sus planos; si al plano de lo venidero, nos perdemos en lo infinito de las posibilidades y si al plano de lo pasado, nos hundimos en el abismo de los orígenes. El rasgo mínimo adquiere como guía del pensamiento, el mismo valor que el rasgo magno. Si atraídos por uno de ellos, nos damos, ante los trozos de mármol, á los recuerdos; ¡qué alucinadora será nuestra peregrinación al través de las blancuras de esos trozos! Lo que dormía inerte en la obscuridad submarina, despierta, se agrupa, crece, ondula y es núcleo de vida arbórea, y lo que flotaba inanimado entre las espumas, se concentra, se adhiere á un peñasco, se desarrolla y es núcleo de vida animal. Pasan, huyen, se desvanecen las edades; la tierra entra á vivir la etapa de las flores, de los árboles, del ala; en las cumbres blanquea el rastro de los mares; los valles verdegulan y se doran de sol; las precipitaciones calcáreas ruedan sobre el limo de las llanuras, vuelven á dormirse en la inercia primitiva; más, antes de mucho, el hombre, experto en el cultivo del agro, las recoge, abona con ellas los surcos ingratos, y así renacen al primer latido de la primavera, las blancuras, olvidadas, trepan en la savia, revientan en los brotes, se irisan en los

pétalos y convertidas por último en aromas, siguen hasta perderse en el aire celeste, el ritmo de vida que empezaron en los abismos del mar.

Pero no todos los principios originarios del mármol tuvieron la misma evolución; otros, los que al azar de las mareas no dejó en las escarpaduras sino en las cavidades que fueron después senos de montañas, solidificándose hasta convertirse en rocas enormes. La vida continuó persiguiendo en ellas finalidades victoriosas, dándoles matices, impregnándolas del iris disuelto en las obscuridades subterráneas.

¿Qué imaginación podría seguir sin desvanecimiento las gradaciones de los colores y las apariciones sucesivas de las moles calcáreas á la luz temblorosa del sol? La más potente sólo podría indicar los matices que la historia del arte señala, aludir á los mármoles en que los cinceles han glorificado un gesto, un ensueño ó un símbolo, pero tendría que detenerse ante lo ínfimo y complejo, ante la serie infinita de tonos mínimos en que tiembla el florecimiento animal de los corales róseos, blancos y purpúreos. ¿Cómo indicar las coloraciones innumerables? En el mundo antiguo fueron célebres el mármol ceniza del Egipto, el amarillo de la Capadocia, el blanco del Himeto, el verde del Peloponeso, el pelardo de Figalia...; uno á uno salieron de las cavernas oscuras alumbradas por las antorchas de los esclavos; y, en el mundo moderno, son gloriosos los blancos de Carrara, los rojos de Caen, los verdes mar de Connings, los azules del Languedoc, los violetas de Salzburgo y tantos, tantos otros que han surgido y surgen á la luz coloreados de la sangre misteriosa de las montañas.

Mirados así, en su aparición sucesiva, los mármoles presentan una serie de coloraciones tan inverosímilmente variada que obscurecen á las más ricas combinaciones de la luz. El momento más vívido ó más lánguido de la vida encuentra en la frescura ó el agostamiento de los tonos de la piedra una significación armónica. El arte completa la expresión de esos momentos uniendo la vida al mármol, y así éste, por su compenetración con la alegría ó la tristeza del instante moral que lo anima, tiene también como la luz sus primaveras claras y sus otoños sombríos.

¿Qué ha regido las interminables y múltiples transformaciones de los mármoles? ¿Qué ha hecho que los unos levantaran sus partículas en las plantas y en las flores y que los otros mostraran sus palideces en las columnas y en las estatuas? ¿Qué ha podido señalarles esta doble línea de evolución, libertadora una, la que convierte en aroma y esclavizadora otra, la que inmoviliza en la obra escultural? La vida y el arte. De la flor á la espuma, del peñasco á la nube, de las selvas á los mares y de las piedras fúlgidas, que ocultas en la tierra lucirán mañana al sol, á las estrellas multicolores, que ocultas en lo infinito centellearán mañana en la sombra, la vida no hace sino modular formas y formas y formas en un vértigo de melodía eterna. Tras ella va el arte. Desde el adorno salvaje á los cincelados de oro, desde la imagen mística á la escultura humana; desde la piedra bárbara que encierra idea tosca y oscura á la catedral gótica que simboliza aspiración delicada y luminosa, el arte no hace

sino modular también formas y formas y formas, arrebatado por la misma ansiedad enloquecedora con que la vida las persigue en lo infinito.

Animado por el arte, el mármol va más allá de su blancura, palpita, pasa de la evolución material á la evolución moral; se espiritualiza, entra á vivir la vida del placer y del dolor, de la duda y la esperanza.

Así ha podido tener, históricamente considerado, todas las formas del ensueño humano: las índicas, que luchan por envolver en sus relieves lo divino; las egipcias, que expresan, rígidas y simbólicas, elevadas abstracciones religiosas; las griegas, que se equilibran con el pensamiento en una síntesis armónica; las romanas, que exteriorizan el carácter, el gesto personal y único; las bizantinas, que se simplifican, se anulan ante la idea mística; las del renacimiento, que ahogan casi con sus exuberancias la significación moral, y las modernas, que así sensibilizan un momento de la vida como espiritualizan un momento de la tierra. La evolución de la forma es más visible en la línea que en la luz, sus etapas se han desenvuelto más dentro del relieve que dentro del color. Nunca el ensueño se ha levantado en las ondulaciones de las voces de un himno, con la grandiosidad con que se ha desenvuelto en el mármol el arrebató lírico de las formas. En estas han latido las más diversas emociones, desde las ligeras á las heroicas y desde las risueñas á las augustas. La historia de sus líneas es la historia de la humanidad. Todas las ideas, religiosas ó profanas, que han caído al horizonte del olvido, han dejado en ellas,—bronce, mármol, lienzo,—un rastro de luz cálida, como el dejado por los soles en el frío granito de las cumbres.

Ante el sucesivo resplandor de las ideas sobre las piedras, salimos del plano conmemorativo y miramos al porvenir. ¿Qué regirá el despliegue de las formas nuevas? ¿Cómo se desenvolverán las expresiones futuras? Si el cincel se detuviera en la cadencia de hoy, si suspendiese su avance delineador de plasticidades imposibles, el ritmo de la escultura moderna quedaría en suspenso... Más cómo preapreciar las labores venideras? ¿Quién podría decir si continuarán expresando ideas cada vez más elevadas ó si descenderán hasta caer en el modelado indeciso de los rasgos anónimos? ¿Podríamos anunciar su descenso, aplicando á la elevación de sus obras actuales la lógica medrosa de la curva? Nó; los mármoles, que pasaron de la evolución material á la moral, entrarán á la evolución lírica. El soplo animador de la forma no se detendrá en la expresión del rostro y en la actitud del cuerpo, llegará al símbolo lírico, y así su desenvolvimiento, empezado en el monopolio inmóvil, terminará en el trozo alígero.

En su nueva orientación comenzará, como en los orígenes, por modelar el héroe. Lo que fué en el período clásico el luchador de músculos protuberantes, el vencedor de los obstáculos tradicionales de la naturaleza, será en el nuevo período el soñador sereno, el que no lucha, el que se deja vencer por el mismo adversario del héroe antiguo, por la tierra, pero que, al dejarla triunfar alcanza victoria más digna que las legendarias, porque es una victoria sin trofeos. El héroe moderno empieza por anularse, desdeña los gestos épicos, no confía en nada más allá de su conciencia, no posa su ojos

en nada más allá del horizonte y entregándose como elemento anónimo á las combinaciones de la naturaleza victoriosa, muere de la alegría de vivir como mueren las estrellas de la alegría de arder. El mármol, que recuerda las gallardías tumultuosas de los héroes griegos, vencedores de las alimañas y los monstruos, inmortalizará las gallardías silenciosas de los héroes modernos, vencedores del misterio y la esperanza.

Después del héroe, la naturaleza. La escultura antigua buscó lo compuesto, el conjunto, el grupo dramatizado, la escultura novísima buscará lo simple, el indicio, la insinuación, lo que despunta y muere, lo que levanta una nota lírica en el silencio de los aspectos, de las expresiones y las actitudes de la naturaleza. Este culto al detalle significativo, no es el que ha dominado en las épocas de decadencia artística, es el inspirado por el ensueño, por lo que permite la divagación, la alegría de terminar con el pensamiento la cadencia escultórica que vemos en gérmen, de hallar á cada chispa fisionómica, temblorosa como punto estelar, el horizonte que piden sus luces risueñas ó tristes. Gustamos menos de lo sencillo y terminado que de lo incompleto y complejo. Es tan lógico el proceso de las sensaciones que hasta con ver el rasgo principal de una escultura para comprender la integridad de su expresión. Los rasgos secundarios viven la vida del esbozo, de lo pospuesto; son en el mármol lo que el gris perspectórico en el lienzo; el límite en que la forma se evapora en lo infinito. La pupila que elimine los planos representativos de espacio, los rasgos sencillamente complementarios, podrá hundir la mirada en la atmósfera de la piedra, en su horizonte. Para la visión artística no necesitará de un modelado perfecto, sino del gesto que le dé la actitud, como la nota dá el ritmo y el verso el poema.

Estas labores episódicas no se realizarán solamente en las blancuras. Hay mármoles propicios por la tonalidad de sus coloraciones, á la expresión de la pureza, de la voluptuosidad, del heroísmo, parece que sus moles hubieran surgido de la tierra vestidas del color de una emoción... Cuando los griegos quisieron inmortalizar en piedra mínima al dios de la alegría, á Dionisios, no buscaron una piedra cándida, buena talvez por su blancura para un Antinoo, ni una roja, buena talvez por sus entonaciones erebianas para un Plutón, sino una piedra amarilla y transparente, un cálido pedazo de viña y de sol; y cuando quisieron glorificar en toda su magnitud la belleza corpórea de un esclavo y de una diosa escogieron para el humilde y triste el mármol negro del Cabo Tenaro y para la risueña y soberbia el mármol albísimo de la isla de Paros.

Más lo escultores antiguos se detuvieron en las figuras. ¿Buscarán los modernos los mármoles que armonicen su color con la entonación moral de toda obra por esculpir? Las piedras laten, viven; desde el átomo á la mole son una fuerza que el arte ha mostrado sólo en sus aspectos de belleza serena, pero que mostrará un día en sus aspectos de belleza heroica. Será la etapa de la escultura lírica, la etapa en que se cincelen los gestos de la tierra y de la luz y en que completando con el ensueño el poema inconcluso de la naturaleza, los mármoles verdes, azules, níveos y rojos simbolicen los temores de las selvas, los arrebatos de los mares, los idilios de las mañanas y las tragedias de los crepúsculos.

ANIMA EN PENA



Ese bárbaro apuraba su pipa con irreverencia

No supe nunca cómo ni á qué llegó á mi pueblo ese pobre señor. Me parece que era sobrino de una de las hermanas del Hos-

pital de Caridad, y oí decir que había sido capitán de una partida revolucionaria en la guerra del 95.

Qué iba yo á entrar entonces en detalles. Me preocupaban apenas su larga melena gris, sus ojos sombríos, su andar lento y flojo, y esa horrible leyenda que cayó después sobre su vida miserable y atormentada. ¡Burgos era ateo!

Pero hay que saber lo que significa haber sido ateo en mi pueblo, santo rincón de provincia á donde no llegan el ferrocarril, la luz eléctrica ni los diarios. Fuera de allí, aunque uno no sea muy piadoso, siempre lo creen persona. En mi pueblo, nó. Los tibios son perros sin derecho al pan ni al agua. ¡Ateos! No tenemos otra palabra para designar á los que no van á misa ni se descubren á la hora del ángelus. Y entiendo que eran estos los únicos signos exteriores del ateísmo de Burgos, ese pobre ser amargado que fué á esconder en la quietud hostil de mi aldea nativa, quien sabe qué ocultos dolores, ansias de libertad ó deseos amorosos no satisfechos.

Es verdad que durante los nueve Domingos que logró vivir en Envigado no se le vió nunca llegar á la iglesia, y que cuando las campanas tocaban á oración en la tarde, ese bárbaro apuraba su pipa con irreverencia y miraba instintivamente hacia la cordillera, con el sombrero puesto, mientras toda la población entonaba con recogimiento piadoso la humilde y sencilla oración vespertina á la Virgen:

“El Angel del Señor anunció á María
Que concebiría por obra y gracia del Espíritu Santo.
Ave María”.

Pero Burgos no entró nunca por la costumbre. Prefirió salir del hospital, donde nada le habría faltado, y se fué á vivir á la casa de un talabartero medellinense, que también era liberal, aunque cumplía con todas las obligaciones del culto.

Allí enfermó para morir, y el talabartero se propuso ha-

cerlo confesar, convenciéndolo al fin con el argumento definitivo de que si no se confesaba tendría que echarlo á la calle. El otro le encontró razón, y se dejó aplicar todos los sacramentos que le faltaban, en el mismo orden establecido por la Iglesia. Cuando murió, le hicieron entierro cristiano, y el párroco pidió á todas las familias que agregaran al rosario de la tarde una oración por el alma de ese desgraciado que oyó á Dios en la hora de la muerte.

Cierto que nadie creyó que pudiera ir directamente al cielo aquella pobre alma enemiga de Dios hasta instante infinito, pero los más piadosos esperaban que la misericordia divina,—invocada con fervor desde la tierra,—se apiadaría del pecador redimido por los sacramentos, y le permitiría lavar su espíritu en las llamas saludables del Purgatorio. Todo iba á ser cuestión de tiempo.

Pero á los pocos días empezó á espantar. A todo el que pasaba por el cementerio después del toque de ánimas le arrojaba paladas de tierra, quejándose dolorosamente. Al principio no creían esto sino los muy simples, pero después lo creyeron también el señor cura, mi abuelo, y hasta el médico del hospital, que no era mucha cosa, pero había estudiado en Medellín.

Espantaba todas las noches. Hubo personas que mostraron en el pueblo la tierra que todavía llevaban en la copa del sombrero ó en los pliegues del pañolón. Y—lo que no hacen todos los espantos,—lo mismo le salía á uno que á muchos. La población tuvo miedo; nadie volvió á pedir por el alma del condenado, y un día se atrevieron á suplicar al señor cura que hiciera arrojar el cadáver del cementerio católico. Pero el párroco no quiso, porque habiendo él mismo confesado y absuelto al moribundo, sería desconocer la eficacia del sacramento.

Así será, pensaron las gentes, pero nadie volvió á rezar por el alma del muerto. Era inútil.



Estas eran las cosas cuando yo tuve que irme á estudiar humanidades en un colegio de Medellín. En la capital no creían casi en espantos, y del de Burgos no hablaban nunca, de manera que á mí tampoco me volvió á preocupar.

Mi espíritu inquieto y razonador empezó á interesarse por las cosas serias de la vida; en pocos meses olvidé á mis compañeros de la escuela pública de Envigado, cambié por otra la novia que tenía en el pueblo, empecé á ser menos puntual en la asistencia á misa y me acogí á la fórmula de confesar mis culpas cuando más una vez en el año. Mi horror al ánima de Burgos ha corrido después la misma suerte que mi afición á las prácticas piadosas. Empezó á perder sus contornos precisos, dejó de atormentarme, y ahora ya no es más que un motivo literario. Pero entonces llevaba todavía en el alma un sedimento de superstición que me hacía propenso á los espasmos medrosos. Creía en las ánimas, y oraba por su eterno descanso, quien sabe si con la intención egoísta de que no volvieran á molestarme en la tierra.

En fin, íbamos en que ya casi no me acordaba de Burgos, cuando un Viernes llegó al colegio mi tío Manuel Felipe, el hermano mayor de mi madre, que iba todas las semanas á llevarme dulces de leche, guayabas agrias, y tabacos de salvielugo. Y como el día siguiente era de fiesta, convinimos en que yo podría irme con él para el pueblo, al anca de su mula.

Me molestaba llegar de esa suerte á la casa, como un niño, sin la autoridad que da al muchacho manejar personalmente las riendas de su cabalgadura. Pero mi tío me aseguró que haríamos el camino entre la tarde y la noche, y así fué.

Montamos en las afueras de la ciudad, después de la puesta del sol, y emprendimos viaje al trote por esa larga y amable carretera de veinte kilómetros que hay entre Medellín y Sabaneta, camino de ensueño y calle de amargura, por donde habré pasado trescientas veces en mi vida y por donde anhelo ir siquiera una vez más antes de morir. Cuando llegamos á Envigado (dos tercios del camino) habían dado ya las ocho, que es la hora de las ánimas.

Mi tío apuró la mula en la entrada y al llegar al estancuillo de don Matías la sentó de un rastrillo sobre las patas traseras. Pidió para mí bocadillos y buñuelos y para él un trago, su trago. No tenía que entrar en detalles, porque en todos los estancuillos del camino sabían servirle á su manera: una copita de agua y un gran vaso de aguardiente bravo. Probaba aquella hasta la mitad haciendo un gesto de profunda repugnancia y apuraba hasta el fondo el vaso saboreándolo maliciosamente. Mientras bebía él y comía yo, llegaron al estancuillo cuatro ó seis cargadores de caña contando que al pasar por el cementerio les habían tirado tierra.

—¿Pero todavía espanta ese hombre?—pregunté intranquilo.

—Qué quiere, amito. Espantará hasta que haya candela en los infiernos. Y ha de ver, su mercé, que no hay forma de que lo saquen. El padre Alonso no quiere...

—Ya lo sacaré yo cualquier día, aseguró mi tío violentamente. ¿Vamos?

—¿Ya, tío?

—Quédate, si quieres.

Pedí un vaso de agua y monté de nuevo haciendo fuerza para no temblar.

—Buenas noches, señores.

—Hasta mañana, don Felipe,—contestaron todos.—No olvidará decirle á don Luisito que se empeñe con el cura á ver si lo sacan.

Picó la mula con energía y atravesamos al galope las calles silenciosas de la población, llenas de claridad de luna. Cinco cuadras abajo estaba el cementerio.

—Dígame, tío, ¿no está Nena en el pueblo?

—Nó.

—¿Y Catalina?

—Tampoco.

—¿De manera que todos están en la finca?

—¿A qué tienes miedo, mocoso?

—No, señor, pero habría preferido quedarme para oír aquí la misa mañana...

—Anda callado, que más falta te hace aprender á ser hombre que oír una misa.

Me abracé á su cintura, cerré los ojos y empecé á temblar. Había visto el cementerio á menos de una cuadra.

De repente sentí encima la palada de tierra. La mula se estrelló asustada contra la cerca de enfrente. Yo lancé un alarido pánico y sentí que mi tío me aseguraba por la espalda con la mano izquierda.

—Cállate, cobarde. ¡Mira que te vas á ir al suelo! ¡Préndete duro!

—¡¡Tío!!

Cállate, rugió apretándome sin misericordia mientras dominaba la mula, obligándola á subir al cementerio.

Y no ví más. Recuerdo vagamente que crugieron los barrotes de una verja de palo; que mi tío gritaba furioso; que una voz de vivo le respondía suplicante:

—¡Soy yo, don Felipe! Dígame, su mercé. Si soy yo, amito,—y que la mula corría detrás de la voz hasta que topó con un bulto y lo hizo caer pesadamente al suelo.

—¿Me va á matar, don Felipe? ¿Que no ve que soy yo, Vicente Vasco?

La voz del negro me era familiar y me volvía á la vida.

Ya me daba cuenta exacta de todo, pero las palabras se me morían en los labios rígidos de espanto.

Lo ví levantarse, y abrazado al cuello de la mula pedir perdón como una mujer.

Aseguró que una noche se le había ocurrido tirarles tierra á los jornaleros que volvían al pueblo, y que al verlos tan sinvergüenzas le había provocado volverlo á hacer una que otra noche, para divertirse. Cuando estaba de humor.

—¡Anda á prisa!—le mandó mi tío sonándole un zurriagazo en las espaldas.

Y el negro echó á trotar delante de la mula, hasta el pueblo.

Al día siguiente lo supo todo el mundo. El párroco hizo una larga plática durante la misa, pidió una oración de desagravio al Señor por haber desconfiado de su misericordia, y desde ese día rezaron en cada casa, al final del rosario, el padre nuestro por el alma de Burgos.

Nadie recordó más su leyenda horrorosa, y como no volvió á espantar, todos en la parroquia creen firmemente que fué perdonado y está en el cielo.

Menos yo.



Y el negro echó á trotar delante de la mula hasta el pueblo



TALLER DEL ARTISTA EN EIBAR

IGNACIO ZULOAGA

EL GRAN PINTOR ESPAÑOL



ESPAÑA es en el día, como dijeron los clásicos en otro tiempo, la mapa de los grandes pintores europeos, y mantiene, con firmeza pasmosa, la palma de las tradiciones del tiempo viejo, de aquel en que los Velázquez, los Murillos, los Zurbarán, los Ribera imponían su pintura en

las academias y en los palacios de los reyes. Pero, con todo, España, es decir, España artística, permanece oculta á los ojos de la mayor parte de los viajeros, que sólo ven en ella, la parte esencialmente pintoresca y tradicional, resto de la Edad Media y de los moros. Es menester dirigirse á los museos y galerías de Madrid y de Sevilla para descubrir á Velázquez—porque no se ve á Velázquez sino que se le descubre—para discutir á Goya con sus concepciones que parecen pesadillas, y contemplar las idealidades soñadoras de Murillo.

Para la generalidad de los viajeros, se trata de ir á los toros y de ver si cabe alguna cogida en la cual quede medio muerto algún torero, de pasear en torno de la Giralda, ó de gozar alguno de los placeres de la Compañía Cook, con lo cual se conoce tanto á España como el interior del Africa.

Ahora bien, es preciso tomar nota de que los españoles son suficientemente ingeniosos para no tratar de conocerla, contentándose con vivir en ella, lo que no es poco. Viven una vida intensa y

antigua, sumida en las tradiciones del pasado. Forman, por decirlo así, parte integrante del suelo y de las ciudades, de las montañas y de los edificios. Constituyen todo el gran misterio de un país ni suficientemente conocido ni bastante explorado. Desde que algún viajero pone el pie en esta tierra, ella se repliega, sobre sí misma, se desvanece y se esconde, como los paisajes de los cuentos de las hadas engañando al viajero con formas ilusorias y engañosas.

No vuelve á ser la verdadera tierra de España hasta que el viajero haya desaparecido.

Toda nuestra ambición debe limitarse, en consecuencia, á tener de ella algunas rápidas y exactas concepciones de vasto alcance. Si llevamos de España ideas preconcebidas estamos enteramente perdidos. Si no ponemos grande atención, empeño y paciencia en comprender esa vida intensa y oculta, no la comprenderemos... Si no tenemos la convicción de que las fábulas de Lafontaine son mucho más españolas que Carmen, y que el rey Luis XIV enriqueció el repertorio de las tonterías célebres con una de sus más famosas perlas, al pronunciar la célebre frase de que ya no existían Pirineos, somos dignos de tener el boedeker por biblia y las decoraciones de la ópera "Comoca" por paisajes del país.

Atendidas estas condiciones, se comprenderán todas las dificultades que presenta una figura del vuelo y de las complejidades artísticas de Ignacio Zuloaga, que



IGNACIO ZULOAGA



UN PALCO EN LA CORRIDA

ZULOAGA

es de las más leales y atractivas. Existe una España no sospechada de nosotros los chilenos, y es precisamente esa España vascongada de la cual descendemos por nuestros abuelos los conquistadores, que de allí partieron para lanzarse á las regiones desconocidas y lejanas de América. Una vez pasada la frontera de Francia, desviándose de la gran línea que conduce de Zumarraga á Eibar, uno se encuentra de súbito en países no sospechados, que tienen mucho de la fertilidad de las regiones más ricas de Francia junto con lo pintoresco de las regiones del Jura. Cultivos intensivos, laboreo de minas, trabajo de industrias, procuran á esas regiones privilegios de riqueza y bienestar. Crúzase por una ciudad no sospechada, Vergara, de belleza altiva y sombría, de la cual Fontarabia no da sino idea lejana. El tiempo pasa sin que uno lo note, en medio de tantos encantos como los que el viaje nos procura, y nos hallamos de súbito en Eibar que es como quien dice la Toledo del norte, en la cual se forjan los cofres damasquinados, las pistolas incrustadas, hojas de sables y de cuchillos, en donde se encuentran todavía enanos como en tiempo de Velázquez y una iglesia con tallados de madera verdaderamente admirables.

Entre otras, existe allí una vieja casa con jardines, establos, talleres. Es como la imagen de España misma, en la cual todo es sencillo, unido, mas una vez franqueados los umbrales nos hallamos con salas inmensas y con escaleras monumentales. Es como el contraste de las múltiples ocasiones, en las cuales hallamos fachadas admirables que ocultan un miserable patio de cortijo ó bien las maravillosas fachadas de iglesias detrás de las cuales se oculta una herrería ó bien una fábrica de artículos militares.

En aquella casa habita Zuloaga y allí vivieron sus ascendentes, armeros de profesión, todos ellos cinceladores y damasquinadores de padres á hijos, gente llena de energía, de espíritu de empresa práctica y soñadora al mismo tiempo, que busca en sueños trabajos que mañana realizará como jugando. Allí vive Placidio Zuloaga, renovador de la incrustación de metales de España; alto, nervioso, violento, cortés, espiritual, ingenioso como un personaje de Cervantes, caballero de la Legión de Honor de Francia y olvidado de los honores de su tierra, cosa de la cual se consuela fácilmente.

Semejante carácter ha sido forjado de tenacidad y de independencia, condiciones que se transmiten como el más seguro y el más nobles de los patrimonios posibles.

Hijo de semejante padre, nació en esa casa Ignacio Zuloaga. Su abuelo que ejercía la profesión de armero, había trabajado con acierto en la reconstrucción de la Armería real, tuvo relaciones estrechas con Goya. En cuanto al padre, Placidio Zuloaga, había estado en París, en donde había trabajado en talleres artísticos, especialmente donde Lienard y en la manufactura de Sevres, en la cual aprendió el manejo de ese mundo de hierros viejos y sombríos recargados de oro, imitados más tarde por tantísimos rivales.

Agreguemos para completar la línea artística que el hermano Daniel posee en Segovia una fábrica de cerámica, y que otros tíos de Ignacio han sido pintores y se han consagrado con éxito al arte. Ignacio podía ganarse la vida en la carrera de ingeniero, cuando un día su padre le llevó á Madrid. La contemplación de las obras maestras del Museo Real del Prado puso al niño en un estado de agitación verdaderamente extraordinario. Quisiera poder expresar cómo admiró á Velázquez y la emoción tan honda que supo despertar en su alma infantil; pero lo más asombroso fué á su entender el retrato de un caballero pintado por el Grecco, con amplio cuello de encajes. Sobre todo pidió á su padre que le permitiera ser pintor, es decir, consagrarse al arte que tamaña admiración le producía. Don Placidio consintió, comprándole una caja de colores, á la vez que le anunciaba que se opondría tenazmente á su proyecto. Entonces, sin maestro ni guía, Ignacio ejecutó una de esas obras maravillosas que son la sorpresa de todos: una copia



RETRATO DEL PICADOR "EL CORIANO"

ZULOAGA

del retrato de Theocupulli, una de esas copias inexplicablemente completas y bellas que no se acierta á saber cómo hayan podido ser ejecutadas por un niño inexperto. Ignacio ha conservado aquella copia que tiene una hermosa pátina y por la cual le han ofrecido considerable precio, más de la cual no quiere separarse por ningún capítulo, conservándola como un talisman.

Semejante prueba no fué considerada como decisiva. El padre continuó oponiéndose á que el hijo fuera pintor, partiendo de su interés bien entendido; su tierna y excelente madre también, mirando por la salud de su alma. Sin embargo, procedió de tal suerte que consiguió ser enviado á Roma por sus padres. Se quedó tan sólo algunos meses allí, atormentado por las dudas sobre su vocación artística, en una atmósfera que no era la de su temperamento.

Arrancóse de Roma y de la Academia, viniéndose á París. La idea no era tan mala, toda vez que su padre la había tenido igualmente; pero, al mismo tiempo que el principio de su carrera de artista era el principio de las luchas más terribles y de las pruebas más duras. El orgullo legítimo, el sentimiento de la dignidad, la idea justa y saludable de que un hombre debe conquistar su independencia, son rasgos muy marcados para que no tuvieran influencia en un hombre como Zuloaga. Tenía que creársele todo desde su situación hasta su propio talento. No tenía más que diecinueve años cuando llegó á París en 1889. Desde el instante en que no había querido recurrir en su propio país á las vías académicas era natural que en el extranjero no hubiese de perseguir el camino que conduce á la fortuna y al éxito, así como á los honores, pero que no siempre es el verdadero arte. Llegado á París se consagró á las realidades



EL REQUIEBRO

ZULOAGA

de la calle. No conoció la escuela de Bellas Artes sino por lo que de ella se ve desde las ventanas del Louvre. Por aquel tiempo trababa amistad con un personaje en extremo interesante, con Paco de Urio, compatriota suyo, hombre pequeño y grande artista, hidalgo en miniatura, con todo el orgullo que saben tener en España, gran señor apasionado y de ojos azules de niño, ingenuos y severos. Paco hacía joyas, bajos



LA VISPERA DE LA CORRIDA

ZULOAGA

relieves, cerámicas del gusto más extraño y más severo. Entonces conoció á Gauguin y á los de la escuela simbolista que le desconcertaron más de lo que le atrajeron. La escuela de la deformación sistemática no podía convenir á un hombre de las tradiciones realistas de la escuela española, apasionado del Greco y de Velázquez.

No hay necesidad de decir cuán duros debieron de ser esos comienzos para el joven artista, sin más recursos que los subsidios secretamente enviados por su madre, y muy lejos todavía de la celebridad á la cual llegaría. El artista formaba parte de una colonia española en la cual estaba Santiago Rusiñol, conocido más tarde en el mundo de las letras, como autor del "Místico" y de tantas otras obras de primer orden.

Por aquellos años, tuvo un taller en la calle Duperre, co-



TENTACION

ZULOAGA



COQUETERIA GITANA

ZULOAGA

menzando á darse á conocer en los diversos círculos artísticos. Poco después emprendía un viaje á Londres, en donde halló la protección de un antiguo admirador de su padre. Oscar Browning consiguió que ejecutara diversos trabajos, gracias á los cuales reunió algún dinero, con el cual pudo irse á Sevilla, abandonando á París en el cual había dejado huellas de su paso en el recuerdo de los críticos á quienes había llamado la atención su obra de artista. Ya había expuesto su famoso enano de Eibar. Estas y otras pinturas de Zuloaga constituyeron la llamada serie de España blanca. Hasta entonces teníamos solamente la idea de una pintura española pintarrajeada como la de las cajas de cigarros. Zuloaga nos mostró unas figuras esbeltas y elegantes, robustas y un tanto salvajes, de colores claros y de actitudes sencillas, verdaderas imágenes de raza, retratos de seres hermosos cogidos en actitudes inconscientes.

Sólo en 1897 le vemos alcanzar una victoria indiscutible al exponer en el Salón de la Sociedad de Bellas Artes el retrato de Daniel Zuloaga y de sus hijas. Era una página grave y fuerte, de tono sostenido, que nada presentaba de lo postizo del taller, ejecutado á la luz artificial. El personaje se encontraba campado vigorosamente. La figura, el traje, los accesorios eran de poderoso relieve. El tipo de andaluza, como puede verse, pertenece á la serie de la España blanca, e indica un progreso señalado sobre su obra de principiante, el Enano de Eibar. Medido el progreso hasta el retrato de Daniel. Los personajes tenían un vigor en cierto modo escultural; su expresión, su tipo, habían sido observados y definidos con una especie de palpitante alegría. Esa armonía en negro de los trajes con el azul intenso del cielo, por medio de grandes rasgos sencillos, no recordaba nada de lo ya visto. Las muchachas se animaban con vida tanto más intensa para nosotros cuanto que salían del marco de la realidad, y que eran de autenticidad profunda; el efecto acariciador y violento de los polvos de arroz sobre los rostros morenos; el candor audaz de la sonrisa como debido á la alegría de vivir, todo, hasta la manera audaz de colocarse, eran como la revelación de algo inédito. La obra fué adquirida, á pesar de todas las discusiones, por el Museo de Luxemburgo.

En tanto que esto se verificaba en París, su vida en España era bien diversa, pues allí ni siquiera le hubiera sido dable exponer su despertar la sonrisa de la gente, salvo en Barcelona, donde su arte ya era mirado con marcada atención. En su patria se le acogía con hostilidad señalada.

Es preciso vivir, cuando se quiere pintar, aún cuando se carezca de recursos. Zuloaga se encontraba en tan angustiada situación, que trabajó en Sevilla de perito artístico. Más, como se viera apurado hubo de emplearse en la contabilidad de una mina. Es de figurarse el aspecto de un artista ocupado en semejantes tareas de contabilidad, á las cuales hubo de renunciar forzosamente.

Para comprenderlo, examinad la expresión de valor frío y maleante de su rostro, su determinación razonada, que procura á ese amplio y lleno rostro una expresión de iniciativa y de éxito; pero anotad todavía su expresión de malicia que despunta, chispeante. A la menor idea esa figura se iluminará con risa generosa, formada de quimera, en parte y de alegría generosa.

He aquí por qué, en uno de los momentos más penosos de su vida el artista encuentra su carrera, de súbito y de la más curiosa manera. Reservó para más tarde las glorias de la pintura y quiso, por el momento, seducir á sus compatriotas por medio de su valor en las corridas de toros. Durante tres años siguió las corridas en calidad de actor. Esto se explica, porque las corridas son para un pintor en España la manera más profunda de penetrar en las costumbres nacionales, así como el mejor repertorio de movimientos y colores, de formas y de la expresión que en ellos pueda hallarse. Y Zuloaga que no había querido figurar en ninguna academia de pintura, no escapó á la Academia

de Tauromaquia de Sevilla, en la cual su maestro, Carmoña, le predijo el más brillante porvenir. El joven artista para no dejar á su maestro en descubierto, se consagró á los toros con el mayor entusiasmo. Según se dice, tiene la muerte de dieciocho toros sobre la conciencia; el diecinueve lo hirió.

La solicitud de su madre se valió de semejante herida para intervenir en favor suyo, con sus lágrimas. Hizo jurar á su hijo que en adelante renunciaría á la tauromaquia.

Juramento que Ignacio ha cumplido con tanta mayor fidelidad cuanto que ya tenía los conocimientos necesarios para utilizarlos en su arte. Se dirigió entonces á Segovia, la ciudad artística por excelencia, la de los antiguos monumentos y de los admirables paisajes, de vida magnífica, intensa y dorada por los jardines y montes de la Granja. Allí se es superticioso y enamorado al mismo tiempo; allí se podría adquirir aún alguna vieja iglesia romana en ruinas, por unos cuantos escudos; allí se podría encontrar ascetismos dignos de ser pintados por un Alonso Cano ó por un Zurbaran, y rincones de incandescencia erótica como los de la calle de Amor.

Fué allí donde Zuloaga, desdeñado por el comercio, despreciado por los aficionados españoles, arrancado á la gloria de Lagartijo y de Guerrita, hubo de volver á la pintura, pintando el retrato de Daniel y de sus hijas.

F. RUIZ



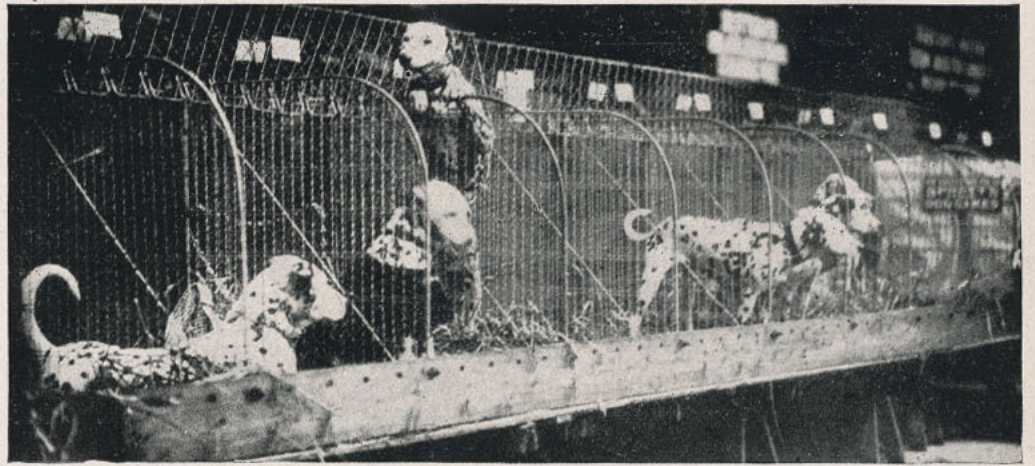
RETRATOS DE DANIEL ZULOAGA Y SUS HIJAS

ZULOAGA

UNA EXPOSICION



"Estrella", Colly premiado



Un budín de perros



Bull dog premiado

Hoy día, el perro viene tomando el lugar que le corresponde verdaderamente, atendidas sus condiciones morales, que, como es sabido, son superiores á las del hombre. Ya Byron ha dicho: "Mientras más conozco á los hombres, más quiero á mi perro". Schopenhauer, el filósofo y fundador del pesimismo contemporáneo, opinaba de igual modo. Nada hay más encantador, ni más fiel, ni más bondadoso, que un buen perro.

El año pasado, en nuestra playa chilena de Cartagena, sin ir más lejos, un perro de aguas salvó del mar, en el cual se ahogaba, á su ama, una señorita perteneciente á la más alta sociedad chilena.

En Inglaterra, como en Francia, se hacen anualmente Exposiciones de Perros que tienen el mayor éxito en la gente femenina, que en realidad, gobierna al mundo. Las propietarias se dirigen constantemente, diariamente, á ver á sus perros exhibidos. Las hay que pasan dos y tres horas en contemplación de sus regalones.

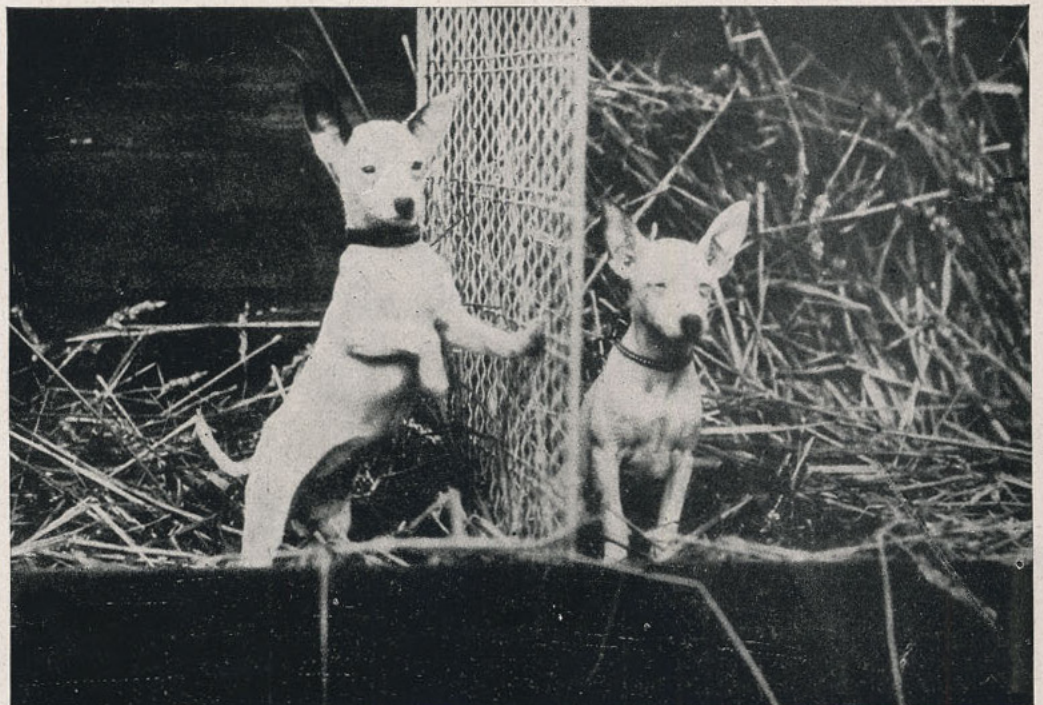
La última exposición canina se ha realizado con grande éxito en la Agricultural Hall de Islington. Se exhibieron en ella 1,875 perros escogidos. Según afirma el gran diario londinense "The Times", no hay memoria de una exhibición más brillante de grupos de perros de caza, de fox terrier, de bull dogs y de otterhounds.



Cabeza vieja sobre hombros jóvenes



Premios de Waterloo



Bull Terriers premiados

DE PERROS



Un aristócrata delicado

Entre los perros de guarda había magníficos ejemplares de Bloodhounds, entre otros los ganadores del Doctor Garfith de Birmingham.

Los del señor Wilfrid Unwin, llamados "Imperio" y "Ursula", eran ejemplares magníficos que alcanzaron el mayor éxito, que les garantiza el puesto de *champions*.

Entre los terriers, los daudies, los fox, los escoceses, los irlandeses, formaban grupos muy escogidos y en extremo interesantes. Sin embargo, los principales premios fueron ganados por antiguos favoritos. El capitán Palmer presentó ejemplares especiales de los terriers blancos de Escocia. De la tierra de Labrador llegaron algunos de los ejemplares más admirables de la Exposición.

Un perro se ha distinguido por su benevolencia. El llamado "Sam Lavander" alcanzó, como de ordinario, un primer premio. El producto, en dinero, fué consagrado por sus amos á ser repartido entre los niños pobres de Fulham. Practica la beneficencia por mano ajena.

El célebre perro "César", que tuvo una pierna quebrada en un accidente de automóvil, se presenta ahora, después de haberse restablecido en el hospital Metropolitano de Perros. Tiene siempre el mismo brillante é imperial aspecto.

F. R.



Otro César, el salido del hospital



César, que salvó la vida á dos personas



Gruline Toby, premio de terrier escocés



Sam Lavander en la fiesta que dió á los niños



La copa de Waterloo

A TRAVES DE LAS CIUDADES

(Especial para "Selecta")

(Goce exquisito á los espíritus refinados es la sensación que se desprende de los relatos de viajeros cuando ellos saben evocarnos un matiz ó revelarnos un aspecto de las cosas lejanas que no son desconocidas. Conocer una ciudad es como conocer un alma. Y las almas son extrañamente distintas y raras. Se parecen unas á otras y sin embargo están lejanas. El cronista moderno aspira á poner ante los ojos del alma del que le escucha, á través de las páginas del libro ó del artículo, aquello indeterminado y fugitivo que no saben enseñar las cifras ó los croquis de las estadísticas oficiales. Un rasgo de la raza puede decirnos más de la psicología de un pueblo que el total de su producción, así como una sencilla actitud nos dirá la prosapia del vecino del frente mejor que lo haría la calidad de su levita ó el precio del sombrero de su señora. Estas notas están destinadas á decirnos de una ciudad que se ha vestido de Leyenda y ha llevado ilusión por todas partes).

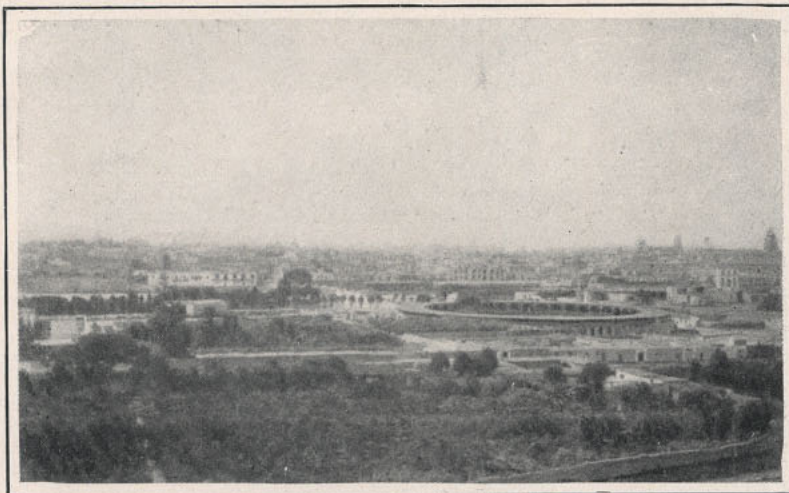
—Pero es demasiado, interrumpí á la amiga de los ojos enormes. Dígame, hay árboles más allá. Me dan ganas de comer hierba. Son tres días, que mis ojos se abren desesperadamente y sólo hallan el engaño azul del mar y esas costas amarillentas, amari-

ciudades como á las mujeres. Me acerco á ellas con temor de niño y coraza de estoico. Sea que hable á una mujer ó avance mi planta hacia una ciudad, llevo en los labios una flor y un acero á la mano. Y una ingenua sonrisa para todo lo adverso y todo lo propicio. Las ciudades como los paisajes tienen un alma. Alma siempre distinta y extraña. Sienten, piensan, sufren, lloran, ríen, cantan, rezan, imprecán. Las hay vastas y torturantes como selvas; unas tienen gráciles siluetas de enfermas; jubilosas, eternamente placenteras, algunas vierten eternamente alegría y son como una pandereta; las hay entristecidas y dolorosas bajo los inviernos interminables; engañosas como sirenas, otras, aprisionan y pierden; ¿os habéis alguna vez detenido, con ojos de poeta, frente al enigma glauco de las ciudades lustrales? Se diría que las anima un espíritu extraño de meditación y de silencio cual si en sus muertas aguas se hubiesen diluido almas de torturados. ¿No habéis sentido angustia deliciosa y una paz inmensa y un misterio inmenso, dejándoos ir, en las góndolas milagrosas, sobre los cristales movibles de los canales venecianos? Toda el alma de la villa de los Dux parece residir en los sombríos canales y la rara ciudad. ¿No se os antoja que se ría una muerta el día en que se escapase de sus viejos canales el agua transparente y enigmática? Dan ganas á veces de dar á las ciudades nombres de mujeres. Aspacia, Afrodita, Mesalina, Beatriz, sonoros nombres que respondieran á su carácter por la virtud de las análogas.

Las ciudades mediterráneas, sombrías, recostadas sobre el lomo de las montañas, meditativas y solemnes como caminantes causados. Parecen soñar eternamente. Huérfanas de las caricias del mar, reposan á la sombra de las selvas oscuras, alargan desesperadamente las flechas de sus torres, hinchán los pechos de sus cúpulas, como en un esfuerzo de mirar más allá del perfil de la sierra, y tortura su inmovilidad y su desmayo. Es como si sufrieran. El alma de las pequeñas ciudades americanas enclavadas sobre el Ande, sin otra visión que la del cielo siempre el mismo, cóncavo y azul, las llanuras meditativas y las nieves implacables, es como una estóica y ensombrecida alma de monasterio. Ved esas otras descansando cerca á las riberas de un lago en medio del desierto: son tan tristes y tan resignadas que dan ganas de sentarse á su lado á consolarlas; uno siente que esas ciudades sufren un triste mal que las consume lentamente y que las tendrá siempre pálidas, siempre entumecidas, sin dejarlas morir.

Ved estas otras, alegres, sonrientes, con frescura de primavera, vibrantes, asomadas como muchachas locas á la gran ventana de ilusión del mar. Su alma tiene vibraciones de crótalo, retintín de cascabeles. Nunca se aburren. Acostumbradas á un espectáculo distinto, gozan el placer del movimiento. No conocen la inanidad que embota. Y tienen para su alegría la orquestación wagneriana de las olas y la inconstancia de las naves. (Cómo es dulce para el solitario aguardar el amanecer de blancura de la primera vela en la línea distante).

Ciudades hay buenas como madres; otras sañudas, protervas, engañosas; existen que tientan á quedarse en ellas eternamente sin que pueda adivinarse por que nos absorben, por que no nos dejan partir; se siente uno anheloso de marcharse á otra parte.



Vista general de Lima

lentas. Le ruego que no mire más hacia allá! Ni un solo árbol. Me dan ganas de comer hierba. Y añadí, ingénuamente, ¿es por que es Verano?...

Se echó á reír como una loca. Las mujeres ríen siempre como locas. En esto está el encanto de su risa. Desemejante á la de los hombres que sale de una buena digestión ó del éxito de un negocio.

Decía que rió como lo hace un surtidor. Era limeña. Venía de París. La conocí en Panamá al ganar la nave que nos llevaba. No tenía una sola idea en el cerebro, pero las conocía todas y parecía que eran suyas. Vivía la gloria de sus veinte años y era un arbusto maravilloso florecido en la boca y en los ojos, unos ojos muy grandes y vivaces y una boca que era una tentación. Y este sencillo prestigio: *gracia*. Parecía un chiste elegante hecho en Montmartre. Y si se miraba el traje: una tarjeta postal.

Nos abrimos los corazones como dos amigos. Reíamos. Hablábamos. Yo había oído una leyenda de pecado y pensé en la serpiente y en el fruto sabroso y lozano, ante ella, que era un arbusto frutecido. Pero he sido siempre un niño triste y me acordé que la pereza de mi espíritu me ha hecho siempre llegar pasada la Primavera. Se lo dije.

—¿Es usted español?...

—Nó, señorita; español... nó. Del trópico. Yo á la verdad no soy de ninguna parte... La envidio á usted que viene de París. A mí me ocurre que hace mucho tiempo que he estado allá. Sin embargo, que es primera vez que salgo de mi patria. Me voy á correr mundo. Nací con un gitano en el alma...

La nave seguía bebiendo distancia. Ya de mis campiñas sólo quedaba en mis ojos siluetas de palmeras rumorosas, ecos de voces familiares, olor de selva, aliento de su sol.

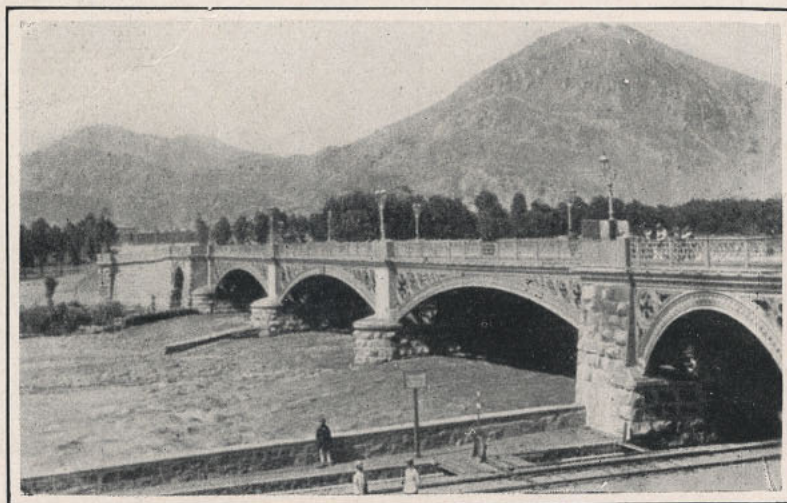
Una mañana la proa de la nave tajaba mar peruana. Vaga ansiedad me llenó el corazón. Aquel era otro país. Ya la arborescencia fastuosa del litoral colombiano y ecuatoriano no oírecía al viajero el esmeralda oscuro de la vegetación profunda y osca. Poco á poco los árboles iban á mis ojos desapareciendo y sólo de trecho en trecho unos cuantos grupos manchaban la amarillez de la costa seca y aridecida, del yermo sin hojas y sin agua. Y yo sentía que capitosos alientos de flores, rumores de cascadas, respiración de árboles, visiones fragantes y dolorosas de las campiñas nativas, se agarraban desesperadamente á mi corazón como hermanos que no quieren dejarnos partir.

¡El Callao! y el ancla firme cayó pesadamente en el mar.

Y ví la silueta fugitiva de la amiga, por entre los barcos intranquilos, cruzar, gozosamente, hacia el puerto, bajo el florecimiento encantado de la tarde marina...



Mi vicio de viajero empedernido me ha hecho amar á las



Puente de Balta

y, sin embargo, hay algo que retiene, algo que no es nada, que no son unos ojos de mujer, ni la riqueza, ni la esperanza.

Cruelas ciudades asesinas, existen, duplex como medallas, tallado en su anverso el perfil de la locura de todo goce y que al anverso llevan garras feroces de miseria y de frío sobre cadáveres de suicidas y hambrientos echados sobre los ríos ó en las catacumbas del barrio bajo. Allá va por la calleja oscura la muchacha de claros ojos tristes, una muda imploración en los labios anémicos y profundo rencor en el alma, camino del hospital donde la mano generosa de la Muerte la deshojará como á una rosa marchita. Parece que se detiene. ¿Qué es cucha? Es que, acaso, una ráfaga errante de viento lleva hasta el suburbio el eco de una fiesta que vibra allá lejos, bajo las arañas que iluminan morbideces femeninas orladas de pedrería y que le finge una voz amiga. Horrorosas ciudades de pesadilla que enseñan graves cosas de sabiduría.

Triunfales ciudades cargadas de Gloria, vencedoras del Tiempo y de la Vida. Como en bajo relieves simbólicos se dan en ellas las manos todas las Epocas y el Presente Feliz dialoga con el Pasado, en los parques amorosos, á la luz de la luna, con la voz elocuente y honda de las estatuas. Ciudades fastuosas ubérrimas de leyendas, que nada borrará de la tierra; viven de sí mismas en un intenso laborar ó viven de un gran sueño; se alimentan del pasado como los soñadores de recuerdos. Viéndose en ellas se siente que una fuerza que se desprende de sí misma, nada más que ellas mismas, nos ilumina como una antorcha de ilusión. Ciudades de metalurgia, consagradas al acero, en las cuales los hombres tienen perfiles de medallas; ciudades extrañas, innumerables, semejantes todas y, no obstante, distintas; unas á otras adversas; cuales en las que es preciso ser monaguillo; en la que hay que entrar con alma sana; aquella otra que exige resignación; la de más allá que pide ser Quijote; alguna que impone el capillo; sé de algunas que nos pide seamos ductiles como el agua que se adapta á la forma del vaso que la contiene.

✦ ✦

Un tranvía eléctrico que arranca del Callao conduce al viajero por un valle ameno, en 15 minutos, á la capital peruana. Y cuando aún no se ha borrado á los ojos del turista la visión turbulenta del mar, hállase á las puertas de una ciudad que se ofrecerá, al principio grave y hurañá, pero que, en el devenir de los días, habrá conquistado nuestro espíritu con el poder de un hechizo singular. Tengo para mí que á excepción de Caracas y Bogotá, que acaso le rivalizarían, Lima, la *Ciudad de los Reyes*, tres veces coronada, es, entre todas las americanas de prosapia latina, la más personal, la que mayor carácter ofrece al viajero estudioso. Porque es esa una rara y amena ciudad cargada de leyenda. Leyenda confusa y sugestiva que sabe á veces acariciar suavemente con dulce caricia de mujer y á veces ponerlos pensativos. Ciudad historial, la *Ciudad de los Reyes* vive una vida de recuerdos, de hechos que fueron únicos y trascendentales en el desarrollo de los orígenes políticos hispano-americanos.

Los poetas la han cantado en versos de vibrante lirismo. Han dicho en ritmos potentes su estirpe nobiliaria y forjado en su elogio el poema extraño que convenía á sus múltiples prestigios; y el historiador, con ojo atento, ha ido á bucear en las oscuras aguas de su leyenda, para contarnos la vida de los conquistadores audaces y los Virreyes galantes.

Cuatro décadas después de descubierta la América, Francisco Pizarro, conquistador del Imperio Incaico, fundó, en el fondo del valle, á Lima, el 18 de Enero de 1535, dándole el nombre de *Ciudad de los Reyes* en honor de Carlos V y doña Juana, su madre; y coronó su escudo de armas con tres coronas. Levántase á la ribera izquierda del río Rímac, delgado riachuelo en cuyas aguas se baña el valle que se extiende muellemente á la base del Cerro San Cristóbal, erecto como un gran seno mórbido, que es el último contrafuerte de los Andes. La ciudad quedó fundada en homenaje real y designada como capital del vasto Virreynato del Perú.

El pequeño poblado abrióse á una era de prosperidad creciente. Honrada la villa y coronada por España con todo género de dis-



Palacio de la Exposición

tinciones, puede decirse de ella que fué la hija privilegiada de la vieja Iberia. Lentamente la breve aldea se desperezó en un empeño eficaz de crecimiento y por su cercanía al mar, la benignidad de su clima exento de rigores en toda estación y su importancia política, creóse un nombre prestigioso entre sus hermanas del continente, nombre que la fama esparció por doquier en la época de la República, haciendo que para el extranjero vagabundo fuese una Meca de peregrinación anhelosa. Los dos primeros siglos de su existencia, nos dicen los cronistas, fueron de constante progreso material para la real villa y el tiempo que á ellos siguen puede considerarse de desarrollo más intenso aún.

La ciudad de hoy parece indefinible. Yo he recorrido sus calles, penetrado á sus templos, y vivido íntimamente su vida, que me ha parecido muy amable. Tengo para mí que se encuentra en el momento culminante de su transformación, obediente á un pensamiento común y uniforme en el estilo arquitectónico, de no ocultas imperfecciones no obstante de armonioso. Ya la vieja ciudad primitiva diríase que se aleja lentamente, que se va para siempre. Porque en Lima se dan la mano dos ciudades distintas que realizan un como esfuerzo de unidad en un empeño de construcción y destrucción.

La vieja ciudad colonial ¡cuánto ensueño por las callejas penumbrosas que la luz de sol enfermo de los fanales eléctricos hiere en su pasado encantado! De esa vieja ciudad amenazada hubiérase dicho una nueva Sevilla, pero más armonioso, más sonriente; con calles de mayor anchura y rectitud. Aún se descubren, numerosas, en espera de no lejana extinción bajo el golpe de la albañilería, las casas ensombrecidas, casi todas de un piso bajo, ancho patio interior, rudas y pesadas puertas semejantes á las de fortalezas; amplias ventanas entornadas guarecidas de rejas de fierro que adornan signos y monogramas olvidados. Se detiene el ojo investigador del historiador ó el ensueño del poeta ante los largos balcones de pura factura morisca y oscuras caobas que el tiempo ha ido haciendo negros.

Véanse muchas todavía silenciosas, animadas por el encanto de alguna historia, de alguna tradición de amor y de muerte, diciendo en su silencio de los acontecimientos y de las vidas que las animaron. He paseado melancólicamente, bajo la noche, en ronda de vagabundo, mi juventud dolorosa bajo esos balcones de raros tallados y dibujos confusos que despiertan una ansiedad desesperante y prender una soñación de tristeza en el alma de quien mira cariñosamente al Pasado. Uno cree á veces—tan raro es el encanto y viva la evocación—escuchar el ruido sordo de una maciza puerta que se abre y ver asomar la figura de un gallardo caballero, de acero experto y mirada aguda, que se deja ir solemnemente por la calle, sumida en el reposo nocturno, firme los pasos, las pupilas en alto y el continente grave como si meditase en una aventura. Y he creído ver asomar en la alta noche tranquila el rostro fino y noble de una dama joven que furtivamente envía un rayo de sol á la sombra nocturna de la calle en una mirada y allí, oculta en el vano, esperar al galán de capa y espada. Noble época esa de la caballería en que se podía tener un Dios, una Patria y una Dama, á precio de ilusión, con moneda de alma; y no era el tanto por ciento lo que se leía en los ojos de los hombres. La locura no existía. Había una oración para el sublime Don Quijote, Nuestro Señor; y la Comedia de la vida no tenía consuetas...

En esta ciudad mi imaginación ha precisado perfiles históricos que ninguna otra me ha sugerido. El viajero culto—especialmente—que se echa á vagar por sus calles deteniéndose frente á un templo,—vastos y ricos templos que el fanatismo de la época hizo ricos de misterio y fragancia mística;—que se desliza bajo el portón roído de esas melancólicas casas, si abre las ventanas del alma al soplo que viene del tiempo que fué y acalla las voces de circó del Presente, evocará hechos que encresparán sus nervios, momentos de la vida de una sociedad desaparecida que le acariciarán con suavidad de pétalos; sentirá acaso los pasos del ánima de algún Virrey enamorado que medita una conquista; escuchará las voces tumultuosas de la Audiencia que decide, á la luz enfermiza de los candiles, el plan tenebroso de un procedimiento inquisitorial.



Monumento Bolívar

Pero al lado de esta ciudad, medio oculta, casi pensativa, que habla un lenguaje de silencio y parece suspirar dolorosamente, el viajero se hallará frente á otra, fresca, rebotante de juventud, que se expande triunfadoramente en avenidas y edificios de neta factura moderna. Es la ciudad de hoy impersonal, común, que se alza fatua y gozosa de su traje nuevo. Ciudad elegante, hermosa, para hacer una expresión clara, á la cual falta carácter, personalidad.

Ya diríase que ha invadido los lugares principales.

Vedla:

PLAZA DE ARMAS Y PRINCIPALES

Un cuadrado perfecto con una superficie de cerca de dos hectáreas. Su costado norte en toda su extensión lo abarca la residencia del Gobierno, edificio antiguo de que fué el Palacio de los Virreyes y construído en el sitio que ocupaban las casas de Pizarro; ocupa en parte el costado oriental la Catedral, obras de arte y en el cual reposan los despojos mortales del inclito fundador de la ciudad; en la otra parte mancha la calle un vetusto y vulgar edificio que es llamado el Palacio Arzobispal. Cierran los otros costados, antiguos portales en los que se desarrolla un comercio intenso con establecimientos elegantes en su piso bajo; y que en los altos ostentan largos balcones corridos ocupados casi en su totalidad por clubs sociales é instituciones. Hállase allí también el Palacio Municipal. Adornan la Plaza una gallarda fuente de bronce y en sus ángulos que llenan jardines sujetos al gusto artístico erígense grupos de palmeras reales. Bajo la noche, numerosas y grandes lámparas á gas vierten viva iluminación.

La Plaza de la Exposición, la más extensa de la ciudad, con una superficie de cinco hectáreas está situada al sur. Un amplísimo parque descuidado y el vasto y famoso edificio de la Penitenciaría, construído á todo perfeccionamiento, hacen su costado principal. Una estación de ferrocarriles y los edificios de varias Exposiciones permanentes forman los otros.

Las Plazas de la Inquisición y la de Santa Ana le siguen en importancia superficial y elegancia. La primera de ellas está situada á tres cuerdas de distancia de la de Armas. La adornan jardines y á dos de sus costados ofrecen sus fachadas los edificios del Parlamento (Cámaras de Senadores y Diputados). Pero la nota sorprendente y magnífica es el monumento del Libertador Bolívar. Llámasele á esta Plaza de la Inquisición, porque en ella realizáronse los horrores decretados por el fanático tribunal. La segunda de estas plazas de amplitud aproximada, ostenta asimismo jardines y la cierran edificios oficiales y dos antiguas iglesias.

Síguenles no escaso número de plazuelas, en su mayor parte descuidadas, pero situadas equidistancialmente y provistas de jardines, que contribuyen á la purificación de la atmósfera y circulación del aire.

PASEOS PUBLICOS

Diversos en su estilo é importancia, son los paseos públicos de que puede enorgullecerse la capital peruana. Algunos de ellos de construcción de data reciente, proclaman un selecto criterio artístico y amplio estudio en su ubicación y proporciones.



Casa de Gobierno

casas de Pizarro; ocupa templo fastuoso, rico en

respira este paseo franca alegría en las estaciones de sol y es el predilecto de la alta sociedad limeña que á los crepúsculos llena las arenas con derroche de lujo y buen tono.



La Catedral

bien faltan los trofeos de guerra. Funciona en las salas bajas el Ateneo y es allí donde la alta sociedad limeña se da cita en las grandes festividades sociales.



Jardín Botánico

El Paseo Colón, una de las más hermosas avenidas americanas, y el más moderno de todos, comprende medio kilómetro de longitud y una anchura de algo más de cuarenta metros aproximadamente. Abrese la elegante avenida en la confluencia de la Unión, la principal arteria de la ciudad y la de Gran, en el ángulo de la Plaza de la Exposición; extiéndose luego en un plano perfecto para terminar en una plaza circular, Plaza de Bolognesi, en cuyo centro álzase el monumento del héroe, de gran valor escultórico que ostenta la firma de Querol. Es el Paseo Colón arteria á un barrio modernísimo pléctico de nuevas construcciones de último estilo. Recórrenla cuatro veredas de considerable amplitud, limitando una ancha faja central, sembrada de jardines, pavimentada de mosaico y adornada de fuentes y estatuas. De neto estilo inglés.

Rivalizando y acaso disputándole el primer lugar, sorprenderán al viajero los parques de la Exposición, verdadera mancha de selva, tendida á los pies de la ciudad, lindando con la Avenida Colón. Es un vasto campo de gran belleza é imponencia por el arte con que han sido dispuestas sus largas y numerosas avenidas que sombrean árboles y plantas intertropicales. Confuso laberinto de senderos en gran extensión superficial que van enseñando al visitante jardines esmeradamente conservados entre glorietas de raros estilos y estrechas explanadas. Lugar de reposo en que el espíritu puede hundirse en saludables meditaciones, sentirse en el seno de la gran naturaleza, estando á los pies mismos de la ciudad, dentro de su perímetro. Fué en él donde se realizó una Exposición General en 1870, que alcanzó gran renombre por la importancia que obtuvo. Poco después se creó allí un Jardín Zoológico que encerró ricos ejemplares, pero que el descuido de las autoridades edilicias, ha dejado al presente en casi total abandono.

Levántase al frente de este soberbio paseo enmarcado en su superficie, un notable Palacio, vasto y elegantísimo edificio, denominado Palacio de la Exposición por hallarse las salas de su piso alto ocupadas por el Museo Histórico, acopio de numerosos valores históricos: armas, lienzos, mármoles, que alcanzan alguna significación. Pueden allí verse notables cuadros de pintores peruanos si

La Alameda de los Descalzos, antiguo y abandonado paseo, ofrece el encanto de las cosas viejas. Es una de esas entristecidas avenidas que el espíritu voltario de las ciudades abandona un día, un año cualquiera. Fué notable y preferido en un tiempo. Por él desfíló cuanto hubo de más elegante y refinado en las generaciones idas. Viéndole, solitario, desairado, se siente el pesar que nos viene de las cosas que el Tiempo ha hecho torvas y mustias.

Es una avenida de un kilómetro de longitud, muy amplia, que se extiende en la parte baja de la ciudad, en las proximidades del Rimac

(Concluirá)

Pida Ud. sus

Artículos Fotográficos

á Hans Frey

Pidase catálogos

VALPARAISO

CRÈME SIMON

La Gran Marca de las Cremas de Belleza

Inventada en 1860, es la más antigua y queda superior á todas las imitaciones que su éxito ha hecho aparecer.

POLVO DE ARROZ SIMON
SIN BISMUTO

JABÓN Á LA CRÈME SIMON

Exijase la Marca de Fábrica: **J. SIMON - PARIS.**

SEDLITZ

Charles CHANTEAUD

de PARIS

El Mejor de los Purgantes

Depósito en todas las Buenas Boticas



Como se obtiene un hermoso Pecho



¿Quiere Ud poseer un busto de formas opulentas y ufanas, un seno firme y lleno sin exceso, y una graciosa lozanía? Tome Ud las **PILULES ORIENTALES**. En algunas semanas su busto se desarrollará y se pondrá firme desaparecerán las sobresalidas osudas, los huecos se colmarán, y su busto no tendrá ya nada que envidiar al de sus amigas más favorecidas por la Naturaleza. He aquí lo que escribe la señora Emilia R. de Roubaix:

“Muy señor mío: Acabo de hacer uso de las **PILULES ORIENTALES** para la reconstitución del busto y debo expresarle mi gozo tan grande, pues que ya tengo el busto perfecto que yo deseaba. Está sorprendente y sin embargo está exacto.”

Y la señorita María F. Plaza del Archeveché á Tours:

“Hasta hoy tengo razón para declararme muy satisfecha por el excelente resultado producido por las **PILULES ORIENTALES** y tengo gusto en darle mis gracias y atestiguarle mi admiración profunda por un producto tan maravilloso.”

Las **PILULES ORIENTALES** son siempre bienhechoras para la salud y son eficaces para las muchachas cuyo desarrollo está retrasado como para la mujer cuyo busto carece de volumen ó de firmeza. La cura es fácil al ser seguida, en secreto produce un resultado durable en cerca de dos meses solamente.

Un frasco con instrucciones á Paris 6 fr. 35.—De venta: J. Ratié, Pharmacien 5 Passage Verdeau, París.—En Santiago: Max Mengín y Cía. En Valparaíso: Daube y Cía. y en todas las buenas Farmacias y Dr.guerías. Exigir sobre las cajitas el sello francés de la “Union des Fabricants”.

“FAMILIA”



REVISTA MENSUAL
Modas, Labores de Mano, Modelos de Muebles, Casas, Cocina, Consejos para el hogar, Cuentos, Novelas, Música y cuanto pueda desear una buen dueña de casa



Única en su género en Sud-América - Se publica el tercer domingo de cada mes - Material ameno é instructivo - Precio: UN PESO - Suscripción Anual Diez Pesos. Editores Empresa Zig-Zag

Pídase las últimas novedades de la
Perfumeria Oriza

Rellique d'Amour
Parfum l'éventail
Inspiration
Apothéose
Age d'or

L. LEGRAND
PARIS

De venta en las principales FARMACIAS Y PERFUMERIAS

**REUMATISMO,
GOTA, MAL
DE PIEDRA**

CURADOS POR LAS

Sales de Litina

EFERVESCENTE

LE PERDRIEL

*Superior á todos
los demas disol-
ventes del Acido
úrico :: :: :: ::*



DE VENTA EN LAS PRINCIPALES
FARMACIAS Y DROGUERIAS

BENEDICTINE

VINOLIA
JABONES Y PREPARACIONES
PARA EL TOCADOR

Las agradables y refrescantes
cualidades de los jabones
VINOLIA dan mayor suavidad á
la tez más delicada.



El gran licor francés



SUMARIO

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
TEXTO		GRABADOS	
Hechos y notas, L. Orrego Luco.....	96	El príncipe Guillermo de Prusia, escultura de Von H. J. Vagels.....	95
Obras maestras de la pintura.....	98	Las obras maestras de la pintura (varios cuadros).....	98
Lulu y Puck, E. Diez de Medina.....	100	<i>Lilien, cuadro de John S. Sargent, (inserción)</i>	
A través de las ciudades, J. M. P.....	101	Napoleón ante el trono de Carlo Magno, cuadro de H. Motte.....	103
La juventud de Galdós, C. G. Peña.....	104	El caballero, cuadro de Messioner (tricromía).....	105
El carácter de Washington, E. Escudero.....	108	Mr. Taft, presidente de los EE. UU.....	107
Conversando sobre arte, Richon-Brunet.....	109	Conversando sobre arte, (numerosos cuadros).....	109
La abandonada, Matilde Serao.....	112	Paisaje, cuadro de Alfredo Helsby (tricromía)....	116
Novela de amor.....	115	Luna de verano, cuadro de Lord Leighton.....	117
Contrapuntos espirituales, A. Bórquez Solar.....	117	Bebedores segovianos, cuadro de L. Zuloaga.....	119
Historia de un sobretodo, Rubén Darío.....	119	El lobo de Gubbio, de Ollivier Nerson.....	120
La revolución de Méjico, H. D. A.....	121	Lavando la ropa á orillas del estero, Una avenida mejicana y Jardín de la posada de San Angel, cuadros de Mary Barton.....	122
Traslado á Judas, Ricardo Palma.....	123	En la luz meridiana, cuadro de G. Belloni.....	126
"Papillón" (páginas de música).....	124		
La mujer persa, Ester P. de Dell'Orto.....	126		

CONCURSO DE BELLEZA

DE

“SELECTA”

SEÑORITAS QUE LLEVAN MAYOR VOTACION:

SANTIAGO

Srta. Tula Montes Montes
„ Josefina Vial Freire
„ Sara Besa Montt
„ Keryma Prieto Nieto
„ Llily Roger Cavero
„ Emiliana Concha Valdés
„ Sara Izquierdo Valdés
„ Raquel Aranguiz Vicuña
„ Elena Sanfuentes Joglar
„ María Cordero Vivanco

VALPARAISO

Srta. Emma Bobillier B.
„ Esther Jullian Saint Clair
„ Raquel Castro Vargas

TALCA

Srta. Graciela Fuenzalida Feliu

QUILLOTA

Srta. Rosa Grez S.

RANCAGUA

Srta. Margot Cerda Auguier

VICTORIA

Srta. Emilia Muñoz Gotterbarm

OSORNO

Srta. Amalia Vázquez M.